

7-
CHARLES BOYER
MARGARET SULLAVAN

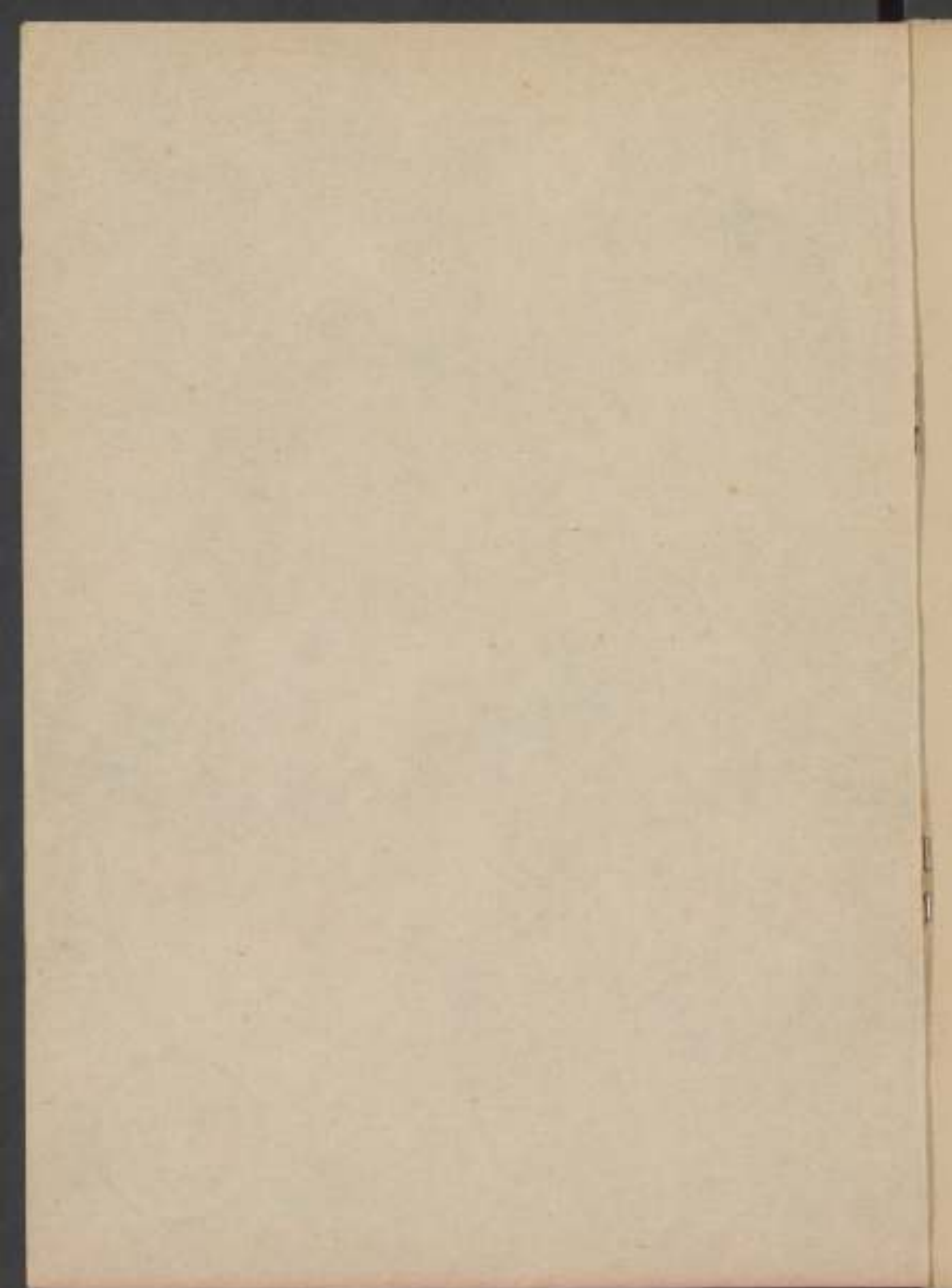


SU UIDA INTIMA



EDITORIAL GRAFIDEA.

S.L.



SU VIDA ÍNTIMA

Impreso en España
Septiembre 1944

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

EDITORIAL GRAFÍDEA, S. L.

Bailén, núm. 154 - BARCELONA - Teléfono 75697

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

SERIE ESPLENDOR

Publicaciones Cinema

presenta

SU VIDA ÍNTIMA

Dirigida por
Robert Stevenson

Una producción



distribuida por
UNIVERSAL FILMS ESPAÑOLA

Principales intérpretes:

Charles Boyer - Margaret Sullivan

Los grandes artistas en una gran película. Con la colaboración de un escogido elenco de estrellas de Nueva Universal

**Títulos publicados de esta temporada
en nuestra Serie Esplendor**

Caballero y ladrón - Olivia de Havilland y David Niven.
Capitán Furia - Victor Mac. Laglen - June Lang - Briand Aherne.
Entre nosotras - Diana Barrymore - Robert Cummings - Kay Francis
John Boles.
Pájaros de cuenta - Bud Abbot - Lou Costello.
La esposa de papá - Danielle Darrieux.
Andrés Harvey, millonario - Mickey Rooney, - Lewis Stone, etc.
Otra reunión de acusados - William Powell - Mirna Loy.

Los mejores argumentos cinematográficos
siempre en nuestras novelas



Recuerde a la incomparable DIANA DURBIN

Viva sus más deliciosas interpretaciones leyendo
nuestros cuidados argumentos cinematográficos

**Su última diablura
Princesita
Mentirosilla
Mujercita**

Y no olvide que...

Editorial Grafidea, S. L.
es garantía de calidad

SU VIDA INTIMA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Juventud y optimismo

A los acordes de un alegre pasacalle, abrió marcha la charanga, precediendo a la comitiva. El público, desbordado y ruidoso, interceptó el tránsito. Paró el tranvía; se alzó en susto y alarma, sobre sus patas traseras, el caballo de un carro, que a duras penas pudo aquietar el carrero, y sin pararse en nada, continuó el vecindario en su algazara aplaudiendo y vitoreando jubilosos el paso de los carteles que anunciaban la maravilla del invento.

El barrio andaba en fiestas aquella mañana. Un acontecimiento local — tan local que ni traspasaba siquiera los cantones que lo circundaban — ponía en movimiento

y regocijo verbenero a los vecinos.

Una realidad de innegable trascendencia industrial iba a dar creador empaque a aquel reducto que en la ciudad de Cincinnati escondía el modesto taller de construcción de bicicletas del joven Curt.

Corto de medios, pero largo de afanes y entusiasta de adelantos, Curt, había logrado, a fuerza de paciencia y sacrificios montar el mecanismo que librara de tiros de sangre el toco armazón de cuatro ruedas que, con los asientos sobre sus ejes, completaban el singular y reducido carruaje de su propiedad.

Y era aquel el día señalado para la exhibición. El vecindario en

masa y engalanado se disponía a presenciar el paso del vehículo que había de dar fama imperecedera al inventor y mundial renombre a la ciudad.

El pintoresco automóvil, en medio de tanta alegría y bullanga, ostentaba sobre el pescante la arrogante figura del flamante inventor, pleno de gozo y orgullo y llevando a su lado, cual inapreciable presea, a Roy, la mayor hermosura femenil del contorno, dependienta del bazar de modas de la esquina e hijastra, a la vez, de la dueña del establecimiento.

Pero es tan quebradizo el imperio de la alegría, que cuando menos se espera, un pequeño incidente, una nimiedad cualquiera pueden convertirla, si no en tragedia, por lo menos en desencanto y fracaso.

Así fué de corta y pasajera la de aquella muchedumbre que gallardeaba bulliciosa, como si el mérito de la obra fuese tan suyo como del inventor. El ruido y destello de una explosión trocó vitores y alharacas en burla y bichofo y obligó a los ocupantes a volver al taller, contemplando, chasqueados y mohinos, a los músicos que hubieron de empujar al birlocho para conducirlo al punto de partida, mientras se dispersaba la multitud defraudada y zumbona.

No amilanó el percance a nues-

tro hombre. Seguro de su obra, no dudaba que a la postre le coronaría el éxito... Sólo un ligero detalle no previsto, un defecto de ajuste tal vez pudo malograr la exhibición que con tanto boato y estruendo organizara. Con calma, sin ceder el optimismo que siempre le acompañaba y ya en el taller, descendió con Roy del pescante y aguantó estóico la demanda del director de la banda que, sin más contemplaciones, le espetó:

—Nos adeuda usted diecisiete dólares; quince por la banda y dos por empujarle.

Curt sin mirarlo siquiera, contestó:

—Si le es igual puede quedarse con el automóvil.

Cortó el diálogo la risa general de los concurrentes que celebraron la respuesta, cerrándolo definitivamente el despectivo colofón de Roy:

—No les haga usted caso; créame. Todas las gentes de este pueblo son lo mismo.

Sin contestar la alusión, retiróse el músico, prometiéndose volver en busca del saldo; y el grupo quedó disuelto.

Solos ya, levantó Curt la cubierta del motor, examinó la máquina y en seguida se dió cuenta de lo ocurrido.

—Lo que ya me figuraba—ex-

clamó al instante —: el cable que conecta con la bujía.

Luego volviéndose a Roy, prosiguió:

—Siento haber sido la causa de que se hayan reído de usted. Le he hecho vestirse para nada.

Roy le tranquilizó:

—¡Oh!, no se preocupe usted. No ha sido ninguna molestia.

—Lo que ha sucedido, sin embargo, es para que esté enojada conmigo.

—Pues está usted equivocado... Además siempre me han encantado las emociones.

No convenció a Curt el paliativo de Roy, y siempre pesaroso del trance y ganado momentáneamente por el pesimismo, afirmó desilusionado:

—De ahora en adelante no tendré más emociones que las de la bicicleta.

Roy le miró reprobadora.

—Me queda el consuelo de tener ese medio de vida.

—¿Y cree que eso es un porvenir para usted?

No acertó a contestar, y simulando concentrar su pensamiento, se refirió nuevamente al motor:

—Si dejar ese cable suelto en lugar de sujetarlo al armazón, es muy posible que...

Seguidamente, cambiando de idea, terminó:

—No; no serviría de nada. Si

lo dejo suelto pegará contra el motor.

A Roy le dolió el desánimo de Curt, y dispuesta a dar aliento a su apadrinado, insistió:

—¿De manera que en adelante sólo de las bicicletas...?

Creyó ver en su pregunta estímulos prometedores y la requirió apasionado:

—¿Por qué no se casa usted conmigo para estimularme?

Quiso soslayar ella la respuesta:

—Ahora es cuando no tengo más remedio que regresar a la tienda.

—Perdone—se excusó Curt—. Es difícil sujetar el pensamiento.

Dolióle el apenado continente del enamorado y apresuró el lenitivo, vistiéndole de humorismo:

—Cuando menos lo espere, voy a decirle que sí, sólo para ver qué hace.

—¿Por qué no lo dice usted ahora?—interrogó él, anhelante.

Helado le dejó la contundente respuesta de Roy:

—Después lo sentiría usted... No, Curt; si algún día llego a enamorarme, tendrá que ser de verdad, ¿entiende? Yo pienso de ese modo.

Y saliendo incontinenti, terminó su decisión diciendo:

—Y compadezco al pobre hombre que sea.

Sin abandonarle por ello la esperanza y seguro de que algún día lograría hacerla su esposa, la despidió:

—Ya verá cómo se ríe cuando yo le recuerde todo esto el día de nuestra boda.

Ella vio marchar rápida y airosa, y volviendo a la tarea, se entregó a ella con entusiasmo y sin cansancio.

Ajenas a la fiesta y atentas a los menesteres de la tienda-bazar de modas que la madrastra de Roy poseía, esperaban aquella y su hija Freda, el retorno de la entenada y dependiente para ultimar algunos detalles del negocio que habían quedado en suspenso por la ausencia de Roy, que se obstinó en presidir la manifestación de Curt, no obstante el adverso parecer de Freda y las imperativas exhortaciones de la madrastra.

El corazón de Roy abierto siempre a toda generosidad, e incapaz su amabilidad de negarse a cuanto fuese compañerismo de buena vecindad, no quiso regatear su concurso a la fiesta, y contra viento y marea tomó parte en ella, aplazando labores que, a juicio de madre e hija, demandaban precisión y urgencia.

Así, pues, complacida de haber llenado un deber de amistad, entró satisfecha en la tienda y sin advertir el ceñudo mirar de la madre ni el burlesco sonreír de la hija.

Se destocó jovial y presurosa, plasmando en una frase la grata impresión recogida en el desfile.

—¡Oh!, hemos dado un paseo delicioso.

Freda la miró sarcástica y ratificó con ironía:

—Sí, parecías una reina cuando te empujaban todos aquellos vestidos de uniforme.

Roy desoyó la pulla y se refirió al trabajo.

—¿Todavía no habéis escogido los botones?—preguntó.

—Todavía, no... —contestó Freda, sin distimular su mal humor.

—Cálmate, Fredita —intervino reticente la madre—. Las cosas podrían hacerse mucho más de prisa si todas cumpliéramos con nuestra obligación.

Recogió la indirecta y replicó vivamente:

—Sólo estuve ausente una hora.

No rectificó por eso la madrastra, sino que, por el contrario, remachó incisiva:

—¡Roy!, no olvidaré nunca que soy su madrastra y que no puedo esperar, por lo tanto, que atienda mis indicaciones.

Acostumbrada sin duda Roy a la mordacidad de la madrastra, pasó por alto sus palabras y continuó con Freda el examen de los botones.

—Un cartón verde; otro amarillo—decía—y otro blanco. Necesitamos otra docena de blancos. Puedes guardarlos.

Freda recogió los cartones y recordó a su madre que todavía no había dado a Roy el recado del comisionista.

—¿Del comisionista?—preguntó Roy.

—Sí; de mister Porter—contestó Freda—. Telefonéó diciendo que tenía una ganga magnífica para ti.

—Entonces iré a verle.

—Si te vas, dejaremos esto para mañana.

—No, Freda—replicó la madrastra cada vez más agresiva—; nosotros continuaremos nuestra tarea. Deja que tu hermanastra visite solita las salas de muestras y que siga gastando el tiempo con esas sacamuelas.

—Son amigos—repuso Roy, con dignidad.

—Pájaros de cuenta es lo que son...

E inmediatamente acercó el insulto:

—Dime con quién vas y te diré quién eres.

Picada ya Roy y sin poder con-

tener la lengua, fustigó inelentemente:

—Aunque así fuera, los prefiero a los de aquí. Por lo menos esos no se pasan la vida chismeando. De modo que voy a ver a Porter y a sus colegas, y me sentaré con ellos. Y si usted cree, señora Smith—terminó diciendo a su madrastra—, que se pierde un espectáculo, no tiene más que ponerse el sombrero y acompañarme; a ver si se vuelve más humana.

Tomó el sombrero, abrió la puerta de la tienda, la cerró tras sí, y desapareció calle adelante, dirigiéndose rápidamente al hotel donde acostumbraban hospedarse comisionistas y viajeros y cuantos profesionales del corretaje y comercio a comisión acudían a Cincinnati de todos los Estados de la Unión.

Gente rumbosa toda, avenada al parloteo y en continuo viajar por ciudades y pueblos a la conquista del cliente, sin mengua en el hablar como quien sabe prácticamente que en lo suyo reside todo el intrínseco y el éxito de su misión, una a la viveza del vocablo la despreocupación del ademán que en la camaradería del compañerismo profesional se desenvuelve con mayor desenfadado y despropósito.

Y en este ambiente de rebullicio y juvenil humor se encontró Roy

al entrar en la sala, donde sentados a las mesas bromeaban todos entre sí, a excepción de Ed Porter que en aquel momento se afanaba con verbosidad descompasada en convencer a Mason, comerciante local, de la baratura de un corsé que ondeaba en sus manos.

—¡Oh, no! No, señor Mason, nuestros precios no son nada caros. No es que yo quiera contradecirle, pero debo recordarle que este corsé está hecho con espinas de ballena y las ballenas no crecen en los árboles... ¿Usted sabe lo que tenemos que hacer para conseguir espinas de ballena?... Nada menos que enviar al círculo ártico barcos con tripulaciones especializadas. Y allí con una temperatura de cien grados bajo cero, nuestros hombres se sientan en el hielo en espera de que pase una ballena. Entonces la arponean y la señora ballena sale disparada como un proyectil, arrastrando barcos, tripulaciones y témpanos a través del Polo Norte; y así hasta Alaska.

Mason ansiaba largarse enloquecido por la vertiginosa verbosidad de Ed, pero éste, insaciable en la conquista del comprador, seguía y seguía sin dejar tiempo al resuello ni a su víctima trasponer la puerta.

—Cuando por fin, se rinde la ballena, la suben a bordo, le ha-

cen la disección, le quitan la grasa, y a esperar... que llegue la primavera. Entonces empieza el deshielo y la transportan en trineos a la estación del ferrocarril donde nos es facturada la preciada mercancía.

Y así, cerrado el paso con el cuerpo de Ed, se escapaba al desconcertado cliente todo intento de evasión, aguantando como podía la interminable perorata del comisionista.

—Y después de tantos gastos, riesgos y molestias de toda clase, le ofrezco los corsés a treinta y nueve dólares cincuenta centavos la docena... ¿Y aún sigue creyendo que son caros?

—Pero si no me interesan... —profriró desalentado Mason, queriendo terminar de una vez.

Fué peor el remedio que la enfermedad. Lo expuesto enardecido a Porter.

Para la agilidad dialéctica del comisionista, todo argumento en contra que esgrime el comprador es una razón en pro para aquél y, por eso, con su observación, el mismo Mason disparó el tiro de gracia a su negativa.

Todo fué oírlo Porter y proseguir irrefutable:

—Es natural que a usted no le interese; pero a las mujeres sí les interesa. Por eso, la obligación de usted es pensar únicamente el

medio más llamativo de anunciarlo. Por ejemplo: el corsé más fino para mis distinguidas clientes que son justamente las mujeres más elegantes del mundo.

El incesante parloteo martilleaba implacable las sienes de Mason que, para librarse del martirio, no halló medio mejor que decir:

—Sí, tiene usted razón; será un buen anuncio. Mándeme dos docenas de tallas distintas.

Resopló satisfecho el cliente y se despidió de Porter que, volviéndose a sus compañeros, proclamó triunfante:

—He vencido.

No le dejó deleitarse con el sabor del triunfo, la voz de Roy que desde el asiento que ocupaba lo llamó la atención:

—¿Y el cordón que iba a proporcionarme? Si regreso sin él a casa, la señora Smith me soltará una filípica.

—Cuando la casa se entere del precio a que le vendo el cordón, creerán que estoy loco—afirmó Porter, entregándoselo.

—Con enviarme una foto de Roy quedará justificada tu locura—advirtió uno del grupo.

—Y hasta te aumentarán la comisión—agregó otro.

—Yo creo que si fuera ella a Nueva York, se lo darían de balde—interrumpió Harry, que se dirigió a Roy, invitándola—. Yo me

voy el martes. ¿Quiere que hagamos el viaje juntos?

Y bromeando, pero siempre dentro de una discreta desenvoltura, torció Porter casi retador:

—¿Quién habla de llevarse? Roy me acompañará a mí esta noche al tren.

—Así, como yo no marché hasta el lunes—dijo Harry—si quiere usted, Roy, acompañamos los dos a Porter a la estación, lo despedimos y luego lo celebramos juntos.

A Porter que conocía el carácter expansivo de Roy, pero también su acendrada honestidad, le pareció ver casi una ofensa en las palabras de Harry y le reconvino:

—¿Sabes que eres muy fresco?

—No ha sido mi intención ofenderla. Se trataba de una galantería nada más.

Y queriendo, sin duda, cortar la jarana, llamó Porter a Roy.

—¿Quiere ayudarme a empaquetar mis cosas?

—Con mucho gusto—contestó Roy, poniendo manos a la obra, mientras los demás seguían lanzando ofrecimientos con el buen humor que les animaba a pesar de la oculta contrariedad que producían a Porter ciertas licencias que, aunque de buen género, le herían en el sincero amor que de ha tiempo sentía por Roy.

Por eso aprovechó la respuesta de Roy a tantos ofrecimientos:

—Algún día iré a Nueva York... pero iré solita.

—Es una buena idea —observó Porter—. Le convendría mucho ausentarse de Cincinnati durante un par de días.

Y en seguida se atrevió a proponerle:

—Oiga usted, Roy: el domingo lo pasaré en Dayton. ¿Le gustaría acompañarme?

Significando absoluta negativa, le contestó:

—Deje usted que lo piense.

Porter no quiso o no acertó a entenderla y replicó:

—Siempre dice usted lo mismo; pero nunca se decide. ¡Roy! —le dijo apasionado—. Le confieso que me gusta y la quiero. ¿Sabe usted lo que podemos hacer? Yo puedo esperarla en el tren. Tome usted misma su billete al llegar a la estación. Así nadie sospechará. Sólo tiene que...

No pudo terminar la frase. La mano de Roy se estampó atrada en su mejilla.

Porter quedó avergonzado y pesaroso en extremo... Más que la bofetada le dolía la interpretación que Roy había dado a sus palabras y que se desprendía inequívocamente de la expresión con que respondió a la lamentación del comisionista:

—Nada he dicho que la ofendiese.

—Está visto que no puede usted venir a Cincinnati sin que me dé ocasión a que le abofeteé.

—Tiene usted razón. Y nunca escarmiento.

—Debería usted avergonzarse.

Y a continuación y viendo que Porter había quedado suspenso por efecto del agresivo chasco, acució:

—Vamos; dese prisa. No vaya a perder el tren.

El comisionista se aplicó a la tarea, pero sin desviar su pensamiento del incidente.

—Lo he merecido por creer lo que no debo.

Roy se creyó obligada a prodigarle algún consuelo:

—No crea que por eso dejo de apreciarle.

—Se lo agradezco en el alma.

El encuentro

Cuando llegaron a la estación, el silbo del tren anunciaba también su próximo arribo.

La presencia de la locomotora, monstruosa y humeante, sugirió a Porter, en grotesca asociación de imágenes, la semblanza de la gruesa señora Smith, que comprimió en dos palabras:

—Esa locomotora me recuerda su señora madrastra.

Roy sí no asintió al símil lo

aprovechó para exteriorizar lo poco grata que le era, manifestando:

—Preferiría mil veces vivir en la locomotora a vivir con ella.

—A su madrastra sólo le faltan el silbato y la caldera.

Rió ella la ocurrencia, mientras Porter, vacilando antes de subir al tren, profería entre dientes:

—Es una verdadera lástima que tenga que irme sólo a Dayton.

Y alzando más la voz, preguntó a su acompañante:

—¿No le parece que es de sabios cambiar de opinión?

Ante el movimiento negativo del rostro de Roy, se resignó Porter.

—¿No?... ¿No le parece a usted?... Entonces, tomo el tren. Ya nos volveremos a ver...

Y puso pie en el estribo, ganando la plataforma trasera del vagón y contestando desde allí a la pregunta de Roy:

—¿Cuándo será eso?... ¿Este otoño?

—Sí, dos semanas después de Todos los Santos.

Se volvió y dió de narices con Walter Saxel, que salía del coche para apearse. Lo reconoció y le saludó efusivo, tendiéndole la mano:

—¡Hola, señor Saxel! ¿Cómo está usted?

Walter, demostrando en su actitud que no recordaba al saludador, le correspondió, sin embargo, estrechando su mano:

—¡Hola! ¿Y usted?

—Bien, señor Saxel... ¿Qué tal van las cosas por Nueva Orleans?

—Muy bien.

—¿Qué le trae a Cincinnati?

—He de pasar aquí algunas horas. Pienso salir para Louisville hoy mismo—contestó Walter, descendiendo al andén sin dejar por eso de continuar Porter la conversación.

Al ver que aquél se acercaba a Roy, le recomendó sin duda con intención:

—No haga usted nada de lo que yo no haría.

—Pierda usted cuidado—le contestó Walter, por decir algo.

—He tenido mucho gusto en verle, señor Saxel.

Se dió cuenta Porter que aun llevaba el paquete que contenía el cordón adquirido por Roy, y con una exclamación de sorpresa, se lo echó:

—¡Oh!... Ahí va el cordón, Roy.

Lo recogió Walter en el aire, al mismo tiempo que Porter le decía, siempre desde la plataforma, mientras arrancaba el tren:

—Permitame que le presente a esta amiga mía: Roy Smith, la flor y nata de Cincinnati.

Después se dirigió a la muchacha:

—Enséñele la ciudad, Roy; pero

no se fie mucho. Es uno de esos caballeros franceses de Louisiana...

El tren se alejó entonces, quedando juntos en el andén Roy y Walter.

...

El rostro varonil de Walter, su fino porte y singular prestancia, unidos a un mesurado hablar y clara inteligencia, inspiraba desde el primer momento simpatía y afecto.

No pasó inadvertida para él la grata impresión que había causado a Roy, cuya belleza y elegantes maneras le habían cautivado, estableciéndose entre ambos esa corriente de atracción que enlaza dos almas, desconocidas antes, en comunión de sentimientos.

Fué Roy quien, después de una ligera pausa, inició la conversación refiriéndose a Porter:

—Me parece que no tiene usted la menor idea de quién es.

—Certo—contestó Walter, vacilante, y queriendo recordar—. Y, sin embargo, creo recordarle.

—Ed Porter—aclará ella.

—¡Ah, sí!... Empleado de Mac-Kelson y Fugarty, de Nueva York... Vera usted: yo podré olvidar a una persona, pero nunca olvido el nombre.

—¿Cuál es el mío?—preguntó como en un reto Roy.

—¿El de usted?... Pues...

Y la miró fijamente, marcando en su cara un gesto demostrativo de su ignorancia.

—Si se lo han dicho hace un segundo...

—Sí; es cierto...—contestó sin inmutarle la risa de Roy—. Miss...

—Smith—añadió ella.

—Smith... Eso es... ¡Oh!, es difícil de recordar.

—Si le es difícil recordar apellido tan corriente, es que lo olvida todo.

—Tenga la seguridad de que nunca lo olvidaré.

—Gracias—contestó ella, disponiéndose a marchar—. Mucho gusto, señor Saxel...

—Au revoir, señorita Smith.

Y sin separarse de ella, llamó al mozo que se acercó, al propio tiempo que Roy le decía:

—Perdón, señor Saxel; olvidé mi paquete.

—Sí, ya lo sé; pero deje usted que se lo lleve.

—Si no vamos por el mismo camino.

—Su camino es también el mío, señorita.

—Un momento—advirtió ella, para sacarle de su error.

Terne en su propósito, continuó como si ninguna objeción se le hubiese hecho:

—La cuestión es bien sencilla:

Como es posible que comamos juntos, si usted se va por un lado y yo por otro, no habría ocasión de darnos ese gusto.

—Nadie ha dicho hasta ahora que yo tenga la intención de comer con usted.

—¿Cómo que no?

—¿Quién? —preguntó Roy, sorprendida.

—Su amigo Porter.

Y dirigiéndose al mozo que había llamado y que todavía permanecía a su lado, le interrogó:

—La señorita desea que le diga usted si le parece bien que coma conmigo. ¿Sí o no?

—¡Oh!, sí, señor — afirmó el mozo.

La misma respuesta le dió el chófer, a quien hizo igual pregunta que al mozo, mientras Roy le advertía que la estaban esperando en la tienda.

—Pero, ¿va a ir ahora a trabajar?

—A trabajar, no.

—Entonces...

Subieron al taxi que los condujo al restaurante. Entraron en él y se sentaron a la mesa, entablando una conversación como si se tratase de dos antiguos amigos que se apercibiesen a comunicarse confidencias y pormenores de su vida.

Roy, un tanto sorprendida de la

espontaneidad con que él había invitado y ella correspondido al galanteo, le espetó sin eufemismo alguno: :

—¿Acostumbra usted a invitar a cuantas señoritas le son presentadas en las estaciones?

Queriendo alargar el coloquio para retener más tiempo a su lado la presencia de Roy, en la que por instantes iba descubriendo nuevos encantos de ingenuidad y feminismo, encauzó Walter el diálogo por senderos de frivolidad, en el que si andaba en sobras la insulseza a veces, no le faltaba original amenidad tampoco en ocasiones.

Fué un discreto que desconcertaba al camarero cuando se aproximaba a la mesa para preguntarle qué querían tomar, sin lograr respuesta.

—Sí — repuso Walter, a la interrogación de Roy —, es una costumbre de familia. Mi padre hacía exactamente lo mismo, y mi abuelo solía aguardar las diligencias sentado en el parador...

Acudió el camarero sin llamarlo y dió las buenas noches también sin obtener respuesta. Tan enfrascado se hallaba el joven en la conversación.

—No sé por qué he accedido a venir — observó Roy, como arrepentida.

—Tampoco ellas se lo explicaban — continuó el forastero —.

Durante tres generaciones, muchas mujeres han preguntado: ¿Por qué he accedido yo a comer con usted, señor Saxel?

La jovialidad de la joven no andaba a la raga de las agudezas de su compañero, y dispuesta a continuar la guasa, preguntó con aparente ingenuidad, pero con mucha sorna:

—¿Y puede usted decirme qué contestaron esas señoras durante tres generaciones?

—Nada — replicó Saxel, encojiéndose indiferente de hombros.

—¿Nada?

—Absolutamente nada. Sin duda esperarían comprenderlo más tarde.

—¿Y esas tres generaciones no las sacaron de dudas? — insistió ella.

—Hubiera sido quizá perder el tiempo — respondió, intencionado.

Roy se mordió los labios cortando la invectiva y replicó socarrona:

—¿Eso debe entrar también en las costumbres de familia, no?

—Sí... claro...

—Son muy galantes los Saxel — dijo ella, remarcando la ironía.

Después, como si se lo comunicase a sí misma, profirió casi imperceptible:

—...¿Y muy misteriosos?

—¿De veras?... ¿Y ustedes, los Smith?

Aprovechó el camarero la risa con que Roy acogió la pregunta de Walter, para llenar su cometido:

—¿Qué vino desean tomar los señores: Borgoña o Burdeos?

Ni caso le hicieron; pero paciente el camarero y acostumbrado a tales distracciones, esperó unos momentos, hasta que se convenció por sí mismo que la pareja, absorbida en su charla, sería capaz de no responder ni al ruido de una sirena de alarma.

Cuando oyó que Walter, sin venir a cuenta, contestaba maquinalmente: «eso es», volvió grumpy y se dirigió al anaquel que guardaba los vinos, decidido a endilgarles cualquiera de aquellas botellas.

—Los Smith — seguía diciendo Roy, con jovial franqueza — somos un libro abierto. Todo el mundo sabe a qué atenerse con respecto a nosotros.

—¡Ah!, no, no — replicaba él, dispuesto a prolongar a todo trance la entrevista, tanto por la simpatía que ella le inspiraba como por apurar las horas que faltaban hasta tomar el vapor—. Cuénteme algo de ellos.

El camarero, en el anaquel, vacilaba entre el Borgoña y el Burdeos, hablando para él mismo:

—El Borgoña es mejor; pero el Burdeos es mucho más caro.

—¿Qué le pasa?—inquirió su compañero.

—Esos señores que están tan distraídos que no quieren decirme lo que desean, y como no quieren pedir, les llevaré Burdeos, les guste o no les guste.

Y, en efecto, con el frasco de Burdeos fué a la mesa, depositando en ella el servicio y escanciando el vino en las copas, sin que ninguno de los dos parase mientes en el servidor, atentos solamente a su escarceo.

Se recreaba Walter a la sazón recordando o inventando travesuras y correrías de niño, como lo de llevarse un día su caballito al colegio y meterlo en la clase.

—¿Le parecerá a usted censurable, no?

—¿Por qué?—repuso Roy, como si la extravagancia que su amigo contaba fuese lo más natural del mundo.

—Aquella pretensión mía de llevar el caballo a la escuela, tenía su explicación. Un día me llevaron al circo y vi un caballito amaestrado, y se me ocurrió que el mío también debía recibir educación.

—Nada más justo—repuso la joven, que la naturalidad con que oía las excentricidades de su interlocutor, denotaba haber sido de niña tan estrambótica o más que él.

—A los siete años yo quería ser maquinista de tren y al saber que no admitían mujeres, pateé de rabia hasta quedarme sin tacones.

El camarero, que seguía esperando órdenes, perdido ya el tino al convencerse que no había medio de meter baza, se desesperaba interiormente. Con mal contenida resignación, abría atónito los ojos y clavaba en el techo su estúpida mirada, como pidiendo: «¡Señor, lleváteles de una vez!»

Por fin, aprovechó una pausa, y entre párrafo y párrafo, pudo colar su interrogante:

—Les puedo servir un pato al horno con salsa o un faisán que está diciendo comedme. ¿Qué prefieren?

—Pues, tráigalo—contestó Walter, para echarse de encima al importuno; y se dirigió a Roy: —¿Le duraría mucho el disgusto, eh?

—¿Traigo el pato o el faisán?—quiso concretar el camarero.

—Claro que sí—afirmó Walter, maquinalmente.

Roy creyó que el «claro que sí» pronunciado por el joven, era la confirmación de su creencia de que el disgusto había sido duradero, y le rectificó:

—No; porque entonces decidí ser marinero.

—¿Marinera?—preguntó el extrañado — ¡Qué raro!

—Es que yo adoro las tormentas. No hay nada que me guste tanto como esas noches oscuras en que rasgan el cielo los relámpagos. Claro que me da un miedo horrible; pero me encanta.

El camarero, perdido ya los estribos y decidido a romper con todo, se metió de rondón entre los dos; dominado por la impaciencia y dominante de voz y tono:

—Bueno, ¿qué le traigo? ¿El faisán?

Walter vió que los nervios del camarero podían estallar y le prestó atención por un momento.

—¿Eh?... ¡Ah, sí!... El faisán. Es el mejor condimento que he comido en mi vida. Sí, tráigalo... Gracias.

El fámulo desahució su rabieta en un suspiro, y se lanzó a la cocina, saliendo a poco con el guisado; pero sin lograr por eso que la pareja interrumpiese sus confidencias.

—Yo, cuando era niño—afirmaba Walter—quería llegar a ser pirata.

—Igual yo... Y sufrí una desilusión al saber que no podían serlo las mujeres.

—¿Y también perdió usted entonces los tacones?

—No, entonces perdí el tiempo que pensé en el disparate.

Habían terminado el condumio

y todavía continuaba animada la cháchara. Un momento que parecía decrecer, sirvió a Roy para expresar lo a gusto que allí se encontraba.

—¡Oh!, no me movería nunca de este lugar tan agradable.

—Yo tampoco, pero no tengo más remedio que marchar. Ahora trabajo en un Banco, y he de vivir en la ciudad.

—En su lugar, yo me hubiese quedado en las plantaciones de tabaco.

—En la vida, todos tenemos aspiraciones.

—¿Y cuál es la suya?—le preguntó Roy.

—La de la mayoría de los hombres: tener dinero... prestigio, poder.

—¡Poder! ¿De qué sirve? Sólo para ejercerlo sobre los demás. Mi madrastra lo ejerce sobre mí.

—¿A qué aspira usted, pues, en la vida?

—A nada—concretó ella.

—Todo el mundo aspira a alguna cosa.

Creyendo un momento que la conversación declinaba, el camarero se dispuso a acercarse a la mesa con la cuenta en la mano, y ansiando la pronta ausencia de la pareja para cerrar el establecimiento y procurarse el necesario descanso. Con la hora avanzada ya, tenía recogidos enseres y ad-

minúsculos del servicio. Hasta las sillas estaban colocadas sobre las mesas para facilitar el barrido del local a la mañana siguiente.

Mohino y paciente hasta el extremo hubo de volverse al asiento en que inútilmente esperaba el final de la entrevista, al darse cuenta de qué, de nuevo, enarzaban la plática.

—Yo, no —aseveraba Roy, contestando a la observación de Walter de que todos aspiran a algo—. Lo único que en realidad deseo es poder viajar un poquito. Deseo conocer otra clase de personas... Trabajar en otra parte y no siempre hacerlo en la tienda. No deseo otra cosa.

—Ya comprendo... Somos diferentes... Ande, cuénteme.

—Si ya se lo he contado todo,

Esta vez el camarero vió el cielo abierto. La respuesta de Roy demostraba bien a las claras que nada más tenían que decirse. Se levantó rápido, ondeando la cuenta; pero al llegar a la mesa, por poco cae desmayado al oír a Walter:

—Pues yo, no. Le contaré mi vida desde que tenía dieciocho meses.

Flaquearon las piernas del sirviente, llevóse las manos a la cabeza con trágico espanto y, tambaleándose, llegó a la silla y cayó en ella descusajaringado y sin

aliento ni para maldecirles siquiera mentalmente. Aquello, por lo visto, no tenía fin. Habían acabado con su paciencia y acabarían también con su razón.

Viaje aplazado

Como todas las noches, a la hora señalada para la salida del vapor, el pequeño embarcadero de Cincinnati, se hallaba sumamente concurrido con el movimiento natural de llegada de viajeros, facturación de equipajes y el de numerosas personas que acudían a despedir a familiares y amigos.

No era muy larga la travesía; pero el trueque de personas y mercancías entre Cincinnati y Louisville, sobre todo, era tan importante que el barco zarpaba abarrotado cada día, siendo a veces difícil conseguir pasaje o flete.

El viaje, por otro lado, era atractivo y sugestivo en aquellos vaporcitos, donde una banda con ribetes de orquesta, amenizaba la singladura, proporcionando solaz y esparcimiento a los viajeros entre luminarias y gallardetes.

Por la pasarela que ponía en comunicación el barco con tierra, iban y venían pasajeros y mozos en trasiego de equipajes, apreciándose por la prisa que unos y otros llevaban lo perentorio del momen-

to y los escasos minutos que faltaban para levar anclas. Las grúas habían dejado de funcionar y con la carga a bordo y en espera de los rezagados, la nave estaba lista y a punto de marcha.

Walter que, según había anunciado a Roy, debía marchar a Louisville llegó al muelle, si no con mucha anticipación, con tiempo más que suficiente para adquirir su billete y despachar el equipaje; pero prefirió esperar a llenar tales menesteres, a pesar de los requerimientos del empleado que le apremiaba con la maleta en la mano.

—Aguarde usted a que vuelva la señora —dijo Walter.

—Está bien, señor —contestó el empleado.

Cuando llegó Roy, se dirigió Walter al oficial de servicio en el muelle, pidiendo pasaje para Louisville.

El oficial condujo a la pareja al despacho de billetes, indicándole:

—Ahí está el sobrecargo. El atenderá a ustedes.

Y presentándoles al dependiente, advirtió:

—Skeet; pasajeros para Louisville.

—Buenas noches —saludó Walter.

Skeet, después de corresponder al saludo, prosiguió:

—Doce dólares. Camarote para dos.

—No somos dos; sólo uno para mí.

—¡Ah, no es más que uno! —replicó el dependiente que había creído que también marchaba Roy—. Entonces, siete dólares.

—Como éstos.

Walter entregó la moneda contra el billete que le facilitó Skeet, permaneció inmóvil Roy y le advirtió que el barco iba a salir ya; pero aquél no se dio prisa ninguna, a pesar del aviso.

Con calma, como si hubiese tiempo sobrado y demostrando cuánto le dolía dejar a la joven, deslizó:

—Aun tenemos tiempo.

Y con marcado interés y apasionado acento, le preguntó:

—¿Qué va a hacer usted en cuanto zarpe el barco?

—Probablemente me quedaré en el muelle para ver cómo se aleja y escucharé la música que traerá a mis oídos el viento. Después regresaré a mi casa para continuar mi trabajo que he abandonado durante tres horas.

La miró dulcemente y con la pena reflejada en el rostro, pero disimulada en la sonrisa de sus labios que quería ser indiferente, le interrogó suavemente:

—¿Cree sinceramente que ha

empleado mejor esas horas dedicándolas a un extraño?

Un destello de la simpatía y afecto que desde su encuentro con él en la estación, sentía por el forastero, fulminó en sus ojos, dictándole la espontánea y amable respuesta que dió a su amigo.

—Yo no le considero como un extraño, sino como un viejo amigo.

Quedó cortada de súbito, como si temiera haber ido demasiado lejos con sus palabras, y murmuró interrogante:

—¿Acaso he dicho una tontería?

Walter que sentía también que aquel conocimiento tan inesperado como fútil en apariencia, se había sublimado, en las breves horas transcurridas juntos, en una amistad cariñosa y sincera con fuerte raigambre en el corazón, se apresuró a tranquilizarla:

—Ha dicho usted la verdad: somos viejos amigos.

Y tenue, muy tenue, como un suspiro escapado de lo más hondo de su alma:

—¡Si... a mí... me parece no haber conocido a nadie como a usted!

Les interrumpió el sobrecargo:

—Zarpamos en seguida.

—Hasta la vista—le despidió Roy, tendiéndole la mano.

—Hasta la vista, Roy.

Y se disponía a marchar, cuando la voz de su amiga que le apremiaba para que se diera prisa, le detuvo desalentado y pesaroso:

—¿Cualquiera diría que le urge a usted que me vaya!

—Es que no sale otro vapor hasta mañana por la noche.

Walter no se resignaba a dejar a la muchacha.

—¿Y usted ha de ir a trabajar?

—No... no sé... titubeó indecisa, como si le doliese también la separación—. Pero por si he de volver o no a casa en seguida no debe dejar usted de marcharse.

Y como un deseo que más parecía dolor, añadió:

—No quiero que pierda el barco por mí.

El barco había dado la señal de partida. La tripulación a bordo se entregaba a sus faenas. Sobre cubierta, los pasajeros, de pie junto a la borda, agitaban pañuelos y gritaban saludos despidiendo a los que en el muelle les correspondían.

Soltáronse amarras, despegóse del barco la pasarela y a los acordes de la orquesta que irisaba el aire de alegrías, zarpó la nave lenta y majestuosa para alejarse luego estelante y veloz.

La alarma cundió en Roy al ver levantar el puente.

—Si están quitando la pasarela.

Ahora ya no podrá usted marcharse. ¿Se ha dado cuenta de que pierde el barco?

—Desde luego —replicó Walter, satisfecho y tranquilo.

Y con alegría disfrazada de sentimiento, repuso Roy:

—Tendrá que esperar hasta mañana.

La miró él significativo y afable, y correspondiéndole ella también con su mirar, continuó muy quedo:

—¡Oh!... Pero nunca me he sentido tan feliz como hoy.

Principio y fin de un idilio

Esa misma felicidad que sentía Roy por la suspensión de la partida, experimentaba también su nuevo amigo, cuyo trato con ella le iba subyugando hasta olvidar el objeto de su llegada a Cincinnati y la necesidad de partir a Louisville que, después con los diarios aplazamientos, se fué haciendo argentísima.

Porque no fué sólo aquella noche la que vió impasible surcar las aguas el barco, con el pasaje en la mano, en compañía de Roy que iba a despedirle, y el pesar de ausentarse. Fueron varias las que vieron frustrarse el viaje proyectado y siempre suspendido.

Pero su misión le acuciaba incansable, despertando sus sueños

en la realidad, y había que tomar decididamente una determinación. Firme en su propósito, se impuso la ineludible obligación una noche al volver al hotel, de marchar al otro día. Así lo hizo saber al conserje, cuando éste, al verle aparecer nuevamente, exclamó:

—¿Vé usted cómo se ha quedado otro día?

—Sí, pero mañana me voy definitivamente.

—Eso lo dice usted todos los días. Mi opinión es —añadió, sonriente— que no abandonará usted la ciudad hasta que le nombren gobernador.

Mas tan decidido estaba ya a partir que hasta organizó una excursión al campo con su amiga para celebrar el último día que pasaban juntos.

No hay que decir que a ella le sentó de perlas la idea, y así se la vió de jovial y animada cuando con el cenacho de la merienda, bajó aquella mañana a la tienda para dirigirse en busca de Walter y marchar los dos al campo.

La señora Wills, amiga y clienta de la casa que a la sazón se encontraba en la tienda, la saludó:

—¡Hola, Roy!... Cualquiera que te vea, dirá que vas de excursión.

—No hace falta ser muy lince.

—¿Y vas sola?

—No, señora Wills. ¿Cuándo se

ha visto que una chica vaya sola de excursión?

—Bien, bien — terminó, saliendo de la tienda —. Que te diviertas.

—Haré lo que pueda.

Freda se sintió envidiosa y quiso acompañar a su hermanastra.

—Mamá: ¿me dejas que vaya con Roy?

Más que por extender la fiesta a la familia, por esperar la negativa de Roy a que la acompañaran, repuso la señora Smith con ironía:

—Podemos considerar el día como festivo, cerrar la tienda y marcharnos todos.

—¡Qué sorpresa! — replicó la entenada —. Sería una sorpresa para el barrio si cerrásemos, colgando un cartelito: «cerrado por haber salido todos de excursión».

Y correspondiendo a la ironía de su madrastra, agregó:

—Deberíamos hacerlo para que tuviesen algo que comentar.

La señora Smith se creyó en el caso de lamentarse:

—Ya sé que no tengo derecho a meterme en lo que hagas.

Vivamente le advirtió su hijastra:

—Es inútil que se enfade, señora Smith. Diga lo que diga no logrará que las cosas cambien. Le prometo que trabajaré de noche durante seis días.

La madrastra, queriendo justificarse, se dirigió a su hija:

—Freda: ¿he dicho yo algo de particular?

Y sin aguardar la contestación de Freda, había nuevamente a Roy:

—Sé muy bien que no debo mezclarme en tus asuntos, y sé también que si quieres marcharte a media mañana y dejarnos aquí aguantando calor, yo no tengo derecho a oponerme.

Festiva y adivinando la alusión que creyó entrever en las últimas palabras de su madrastra, exclamó:

—¡Oh, señora Smith!: es usted encantadora... y yo... muy feliz.

Rápidamente abrió la puerta para marchar, tropezando con Curt que iba vestido de fiesta y venía a despedirse:

—Curt: ¿qué significa todo esto?

—Que he vendido el taller, John Casey me lo ha comprado.

—¿Y se puede saber por qué ha hecho usted eso? — siguió preguntando Roy.

—Porque he llegado a la convicción de que no adelantaba nada en la construcción de automóviles.

—¿A dónde piensa ir?

—A Detroit. Hay allí un compañero que lleva construidos siete automóviles y todos funcionan, y

he decidido irme a trabajar con él para ver cómo se las arregla.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Ya pensé hacerlo... pero estaba usted tan ocupada...

Roy no pudo menos de exteriorizar la pena que le producía la determinación de Curt.

—¡Si parece increíble!... Sin usted aquí, este barrio ya no será el mismo.

—Yo creo que volveré dentro de un par de años. Si usted está aún aquí, entonces, le rogaré que me lleve a ver las reformas de la ciudad.

—Me parece — le recomendó Roy, pretendiendo hacerle desistir — que lo que debe usted hacer es decir a Casey que le devuelva el taller, porque en tocante a bicicletas no entiende una palabra.

—De ningún modo. Estoy tan harto de bicicletas, que no pienso volverme a ocupar en ellas.

Comprendiendo Roy que sería inútil insistir, se limitó a decirle:

—Desde luego, quiero verle antes de irse. Le aseguro que no me parece el mismo.

—Y usted también ha cambiado mucho — replicó Curt, con intención que remarcó extremadamente para que no pasase inadvertido para su interlocutora.

Roy no lo supo o no lo quiso ver:

—¿Qué yo he cambiado? ¿Y eso, Curt?

—¿Cree usted que por pasarme la vida debajo de las ruedas no sé lo que ocurre?

Lejos ella de negarlo, pareció orgullosa de que la noticia de su coloquio con el forastero se hubiese divulgado por el barrio.

—Deséeme suerte, Curt.

—Toda la del mundo — exclamó conmovido y doliente por aquella suerte que deseaba Roy y que era para él la suerte de tantas ilusiones y esperanzas cifradas en ella.

Conoció Roy el alcance de aquella tristeza afectuosa y callada, y sensiblemente impresionada, le deseó también suerte.

—La suerte para los dos, Curt...

—le dijo.

Marchó luego disparada al encuentro de Walter, y juntos partieron para el campo.

...

Avanzaba la mañana virgiliana, soleada y silente con suavidades de místico. La madre tierra, vestida de oros de sol y de azules de cielo, aparecía en el misterio de su fecundidad, con la exuberancia de sus frutos, la mies segada y el trillado en las eras.

Bajo el trono de un sol de estío, y entre la inefable sinfonía de su

parloteo, unos pájaros picoteaban el grano. Abrió uno sus alas, se posó en cercana enramada y gorjeó el primor de sus trinos, enlazando el idilio que, al socaire de dos montones de heno y en ellos retrepados, inclaban dos almas que en la soledosa intimidad de sus pensamientos se lo habían prometido todo sin jurarse nada.

Seguramente ni ellos mismos sospechaban entonces cómo la inmensidad de aquellos instantes había de presidir más tarde el rumbo de sus vidas.

Tampoco lo hubiera sospechado quien hubiese escuchado la conversación que sostenían, al parecer, inocua y sin objeto alguno definido y constante.

Inició Roy el diálogo. Era mujer y además gárrula y gráfica en sus concepciones.

—Hay allí una nube que tiene forma de elefante.

E indicaba a Walter el firmamento para que le diese su opinión.

—¿Cuál es?

—Aquella... ¿La ves?

Sin proponérselo y obedeciendo ambos a la misma intuición habían apeado el tratamiento, sustituyendo el ceremonioso usted por el fraternal y amistoso «tú».

—No... aquello se parece... —titubeó un momento—, ¿a qué se parece? —se preguntó a sí mis-

mo—. ¡Ah, ah! Se parece a un ave.

Roy asintió:

—Sí, es cierto...

Luego, añadió:

—De niña soñaba a veces que caía desde alto, y cuando iba a chocar contra la tierra despertaba.

—¿Has subido alguna vez en globo?

—No — contestó ella —; pero creo que me gustaría.

—Hace mucho frío allá arriba.

—¿Ah, sí?... Pues no lo parece.

Cambio de tema y súbitamente con aquella curiosidad que tan peculiar era en ella, le preguntó:

—Si te diesen a escoger, ¿en qué lugar de la tierra te gustaría vivir?

—¡Bah! Yo estoy bien en todas partes. Además, todas las ciudades se parecen — aseveró él, filosófico.

No se dio por vencida Roy.

—Pero si pudiera vivir en la parte del mundo que más te gustara, ¿a dónde irías?

—¡Ah!, no lo sé. Y tú, ¿dónde irías?

Con esa habilidad tan congénita en la mujer para valerse de la despreocupación del hombre y dominarlo, apareciendo ella dominada, aprovechó la pregunta de Walter para girar la conversación, conduciéndola por el sendero que

ella buscaba y que respondía a una necesidad de su corazón.

—Viviría en una montaña... una montaña altísima... y de la que se ignorara el nombre.

—¿Te bastaría?

—Ya lo creo.

Lo miró insinuante, y continuó evocadoramente persuasiva y como vislumbrando la realidad de un futuro:

—Sin otra casa que la nuestra...

Ruborosa de haber sido tan franca, rectificó:

—Es mucho desear... Ya lo sé.

Esperaba animadora respuesta de Walter, pero éste parecía enajenado entonces.

Prosiguió:

—Allí viviríamos los dos solos...

Una vez al año, bajaríamos al llano para ir juntos a Nueva York.

Por fin, resuelta a arrancar una respuesta a su amigo, cuya abstracción y silencio le contrariaban, preguntó categórica:

—¿Te gustaría ir a Nueva York?

Walter permanecía callado, sin que por eso ella, aunque un tanto inquieta, desmayara en el coloquio.

—A mí, me gustaría mucho...

Deberíamos también visitar además alguna ciudad importante... ¿Qué te parece Nueva Orleans?

Absorto, como dominado por una

idea fija, Walter se mantenía ausente al palique intencionado de su compañera.

De pronto, se levantó con gran sorpresa y manifiesto desabrimiento de Roy.

—¡Walter! —exclamó interrogativa.

—¿Qué? —profrizó él, con la mayor naturalidad.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —repitió también el joven, pareciendo no comprender la pregunta.

—Sí, ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar?

La miró fijamente, como buscando una explicación. Por fin, aclaró:

—A veces... no hay más remedio que ser materialistas aunque miremos al cielo. Ha pasado el día pensando cómo iba a decirte...

—Yo ya sabía —repuso con tristeza Roy— que llegaría un día en que tendrías que marchar.

—¡Oh, Roy! —declaró, visiblemente conmovido—, hace unas horas que me han telegrafado al hotel.

—No te entristezcas tanto... ¿Cómo ha de ser!... Ya sé que tú no puedes abandonar tus negocios; pero confío que volverás.

Bajó dolorido la cabeza y negó:

—No confíes, Roy.

Un desaliento que abatía sus

fuerzas en el vishumbre de una amarga verdad fué ganando a la pobre muchacha.

—¿Te detendrán allí para siempre?

—Sí.

—Así, pues, ¿nunca volverás?— preguntó, estremecida la voz y doblido el gesto por el desengaño—. ¡Ahora lo comprendo!... ¡No son solamente los negocios, Walter!

Ruboroso en la innoblez de un silencio deliberado que, aunque atenuado por el deseo de no perder la felicidad de las horas transcurridas junto a ella, no dejaba de tener su punto de egotismo y baja, se atrevió a descubrir el motivo de su definitiva separación.

—Es mi prometida... Vive en Louisville—descubrió, bajando la cabeza.

Y con hondo pesar, agregó:

—Nuestro enlace ha sido ya anunciado... La verdad... yo... ¡Quisiera poder alentarte, Roy; pero no acierto!

Había visto llegar la tragedia a su espíritu y procurado sacar fuerzas de flaqueza para sobreponerse al golpe fatal que esperaba y que concretó en las siguientes frases:

—Pienso que debería tomarlo a broma... ¡Pero no puedo!... Quisiera decirte algo; ¡y tampoco encuentro palabras con qué expresarme!... No es necesario que me

digas nada para justificarte: ¡Ni ahora ni después!

Y despertando en un romántico revivir de resignaciones, indicó el cielo con su mano.

—Allí hay una nube... Una nube que se está convirtiendo en cisne... Cuando esa nube haya adquirido otra forma, ya te habrás marchado... Si no te veo partir, nada me importará. Puedes creerlo: ¡Nada me importará!

Walter seguía tristemente su relato, sin acertar a pronunciar palabra.

Roy miraba al cielo soñadora:

—Va adquiriendo la nube otra forma... ¿En qué se convertirá el cisne?

Y quedamente, como en la intimidad de una meditación, musitó contemplativa:

—Está tomando la forma de un buque.

La paz bucólica de la tarde, en su lento morir, acompañó a la amante pareja hasta la ciudad en el amargo final de un idilio.

Fatalidad y desencanto

La valla, tras la cual despachaba billetes el dependiente y atendía a la par las reclamaciones de los viajeros, estaba a la sazón rodeada de buen número de viajeros

que, agrupados desordenadamente, exponían a grandes voces sus reclamaciones, entre los cuales destacaban las quejas de los que no encontraban sus equipajes entregados oportunamente en el depósito.

Y en medio de este guirigay y barullo, se acercó Walter al teléfono que colgaba sobre el mostrador, preguntando al dependiente:

—¿Se pueda telefonar?

—Desde luego, señor.

Tomó el auricular y gritó:

—¡Oiga!... Uno, uno, nueve, cinco; por favor.

A pesar de sus esfuerzos, la voz de Walter quedaba apagada por los desaforados gritos que los demás lanzaban.

—No encuentro mi maleta—decía una, mientras otros gritaban nerviosos—. Deme usted el número... En el bañi que se ha perdido llevaba mis mejores vestidos...

Y así unos y otros en una turbamulta que hacía imposible entenderse.

Walter se desesperaba vociferando en el aparato:

—¡Oiga!... ¡Oiga!... No le entiendo... Sí... sí... Diga, diga... ¿Quién está al aparato... ¡Ah! ¿Eres tú, Roy?... Soy Walter... Tenía necesidad de hablarte... Sí, sí, ven... Quiero decirte una cosa... Has de ser buena y obediente...

Roy no lograba entender a su

comunicante. El griterío de la concurrencia, amenazando con presentar denuncias y hasta impedir la salida del barco hasta encontrar sus maletas, anulaba los esfuerzos que hacía Walter por dejarse entender de Roy, que sólo oía desde el otro lado del teléfono un murmullo atronante y confuso.

—Aguarda, Roy—demandó furioso Walter, volviéndose seguidamente al dependiente—. ¿Hay otro teléfono cerca de aquí?

—Espere usted que me atienda a mí. Soy yo primero—le amonestó dictatorialmente una señora que amenazaba con revolver mar y tierra si no se le atendía en seguida.

El dependiente, sin embargo, hizo saber a Walter que no creía que encontrase ningún otro teléfono. Era día de fiesta y estaba todo cerrado.

Se conformó a la fuerza nuestro hombre y siguió esforzándose para hacerse oír de su amiga:

—¡Oye, Roy!; quiero que vengas. Estoy aguardando en el muelle. ¿Vendrás?

Le contestó ella que iba en seguida, y Walter, más tranquilo, se dirigió al dependiente solicitando pasaje para aquella noche en que, por casualidad, hacía el viaje el vapor más viejo y pequeño de la flota.

Por ello no tuvo nada de extraño que el oficial le dijera:

—Por fin, ¿se ha decidido a embarcarse en ese cascarón?

—Sí.

—Siete dólares.

—No; son dos billetes—advirtió Walter.

—¿Dos?

—Dos, sí.

—Doce dólares.

Y en seguida preguntó al dependiente:

—¿Podría usted decirme si existe por aquí un lugar donde, en caso de necesidad, pueda uno contraer matrimonio?

—Creo que podrá hacerlo a bordo. Entre los pasajeros hay un cura que subió en Natche y no creo que fuese inconveniente en casarlo a bordo.

—Muchísimas gracias.

Walter quedó anhelante y felizmente satisfecho esperando a Roy, cuya llegada atisbaba con ansiedad desde el embarcadero.

No eran menos acuciantes los anhelos de Roy por alcanzar la compañía de Walter. Presurosa y contenta, dejó el teléfono, vistió el sombrero y en un santiamén se plantó en la calle.

Su poca suerte le enfrentó a la puerta con el desaprensivo comisionista Harry que le esperaba en un tilburi decidido a hacerlo cumplir la promesa que bromeando le

hizo Roy, la noche en que al ir a recoger en el hotel el cordón que le guardaba Porter, le ofreció aquél un paseo en coche.

Sin darle tiempo al saludo, Harry se dirigió a ella diciendo:

—Estoy haciendo guardia. Cuando yo tengo una cita soy puntual.

Y recalcó como un aforismo:

—«Si de una mujer quieres la amistad, no la hagas nunca aguardar.»

La inoportunidad no podía ser más manifiesta.

—¡Oh, Harry! —se lamentó—. No sabe usted cuánto lo siento.

El desahogado comisionista no se dio por entendido.

—¿A dónde quiere usted que vayamos? Acarielarán nuestros oídos suaves trinos de pájaros, y con sus flautas los pastorcillos...

—No puedo ir con usted. Lo siento.

—¿Y va a permitir que me pasee solo?... Hasta la jaca se reiría de mí.

—Crea que lo siento; pero he de ver a otra persona.

—¡Ah, no! —contestó, decidido e inverecondo, Harry—. El primero es siempre el primero.

—¡Harry, perdón! —suplicó ella con encarecimiento—. Un amigo me está esperando en el embarcadero.

—¿Lo dice de veras?

Y dándose las falsamente de com-

placiente y generoso, le invitó a subir al tilburí.

—Para que usted se convenza de que Harry Miles es un excelente amigo, quiero tener el gusto de acompañarla.

—Lo acepto, porque tengo prisa en llegar.

—En mi carruaje llegará muchísimo antes que en un carruaje de alquiler.

—Al llegar al muelle bajaré por este lado —observó Roy, indicando el lado contrario al embarcadero, para que Walter no se diera cuenta de la compañía.

—Lo que usted quiera.

Y fustigó el caballo, diciendo:

—¡Arreando, muchacho!

La madrastra que fingaba a través de los cristales, exclamó al ver partir el carruaje:

—Ya se va otra vez a hacer de las suyas.

En el entretanto, Walter en el muelle, después de haberle sido anunciado por el oficial que la ceremonia del casamiento se celebraría en el camarote del capitán, esperaba radiante de felicidad, pero nervioso también de impaciencia, la llegada de Roy para embarcarla con él y haría a bordo su esposa.

Pasaban minutos y minutos breves, brevísimos, vertiginosos e incansables recorriendo la esfera del

reloj como si quisieran acelerar la hora señalada para la salida del buque, moviéndose del apenado galán que veía correr las saetas sin que le fuera posible detenerlas.

A juicio del impaciente, el reloj adelantaba enormemente y los preparativos de marcha y embarque de viajeros y equipajes se hacían con más precipitación que de costumbre. ¡Y Roy sin llegar! La tardanza le sacaba de quicio. Los minutos le parecían siglos.

Sin poder aguantar más, se precipitó nuevamente al teléfono:

—¡Oiga!: Uno, uno, nueve, cinco.

La madrastra contestó al teléfono:

—Sí, Smith; aquí es... ¿Dice usted Roy Smith?... Ahora no está... Usted no lo ignora... ¿Cómo?... No oigo nada de lo que usted dice.

—Digo—replicaba Walter, nerviosísimo, desde el otro extremo del teléfono—, ¿qué cuánto hace que se ha marchado?

—Saltó alrededor de las doce... ¿Qué?... ¡Oh! Saltó en coche en compañía de un amigo.

El joven, desatinado y convulso ya, no quería creerlo.

—Debe estar usted equivocada... Dijo que vendría al muelle.

—No digo que no; pero yo la he visto salir con mis propios ojos, caballero.

Y tras su contundente afirmación, colgó la madrastra el aparato, dejando a Walter con la zozobra en el alma y la inquietud en los ojos que miraban por todas partes sin conseguir ver nada.

En Roy también culminaba la impaciencia, y fué terrible la impresión sufrida al advertir que la bellaquería de Harry le conducía por camino completamente opuesto al del embarcadero.

Al darse cuenta, le cogió con rabia de las manos, queriendo su-
jetar las riendas.

—Este no es el camino del embarcadero.

—Es el que nos conviene, encanto —aseveró cínicamente Harry.

—Pare usted el coche ahora mismo.

Y desolada, exclamó:

—¡Oh!, estamos muy lejos.

—Equivocé el camino.

—Lléveme al muelle, ¡por favor!

—No lo haré. Yo no soy Ed Porter ni ninguno de esos estúpidos. Usted me ofreció salir conmigo, y ahora tengo la prioridad.

Roy desfallecía angustiada, temiendo no llegar a tiempo.

—¡Harry, por piedad! Se lo ruego.

—A mí no me venga usted con pampelinas. Usted acostumbra a burlarse de todos los que caen en sus redes. Eso lo podrá hacer con

todos los corredores que pasen por este pueblo, pero conmigo, no.

Con humildad y aflicción, le suplicó nuevamente:

—¡Lléveme al muelle! ¡Sea usted bueno!

—Le aseguro que no le impediré que vaya al muelle; pero llevaría yo, de ningún modo. Si le interesa ir, salte y camine.

Roy saltó del vehículo y tomó precipitadamente la dirección del muelle, mientras villanamente la miraba con sorna Harry, satisfecho de su ruin venganza.

Walter se revolvía en el embarcadero agitado y sin esperanza ya. Precarios los momentos y ultimados los preparativos de salida, iba del barco al muelle y del muelle al barco, cruzando y trascurando la pasarela en una indecisión que torturaba su alma y agotaba cruelmente su organismo.

Cruzó últimamente la pasarela cuando ya esta había sido desuncida de la nave, y hubiera quedado colgado de los sgarraderos, si desde la borda, tripulación y navegantes, no le hubiesen prestado ayuda.

Desde el extremo de popa sus ojos fijos y delirantes se clavaban en el muelle que por momentos se perdía de vista hasta hacerse indistinguibles personas y cosas en él situadas.

Cuando llegó Roy al muelle, an-

gustosa y jadeante, más que el buque, divisó la estela que en el surcar de las aguas, dejaba la embarcación.

Como un eco de desencanto y dolor sonó en sus oídos la música del barco y también... ¡también acaso! el suspiro de un alma que en la lejanía lloraba el epílogo de dos vidas que la fatalidad truncaba para siempre.

Bajo la nieve

La casa de banca «Darren y Holmes» gozaba de sólido y excelente crédito en Nueva York, con ramificaciones en las ciudades más importantes de la Unión, en un enlace de sucursales y con intervención en negocios de gran envergadura y alcance en todo el país y en el extranjero.

Entre el personal, uno de los más conspicuos funcionarios por su laboriosidad, talento y competencia, era sin duda alguna Walter Saxel que al afecto que, como sobresaliente dependiente, le dispensaba el primer director y gerente mister Darren, se unía el cariño que éste le profesaba por el matrimonio de aquél con una sobrina del banquero, y de la cual enviudó Walter, quedando padre de dos hijos: niño y niña.

La idolatría de Darren por su sobrina y que seguía siendo un culto para él, había prendido en su estimación a Walter, culminando su mayor cariño al verlo continuar en compañía de su hermana Corinne, que era verdadera madre para sus hijos.

Esta circunstancia tan estimable como la que más para Darren, había sido y era una de las que más habían influido en la rápida carrera bancaria del joven sin contar sus relevantes dotes por todos reconocidos. Que no basta a veces, por desgracia, la personal valía para conseguir merecido encumbramiento. La familia y la amistad suelen ser a menudo más eficientes que el propio mérito para el ascenso. En el caso de Walter, sin embargo, se aunaban los dos requisitos, y así su elevación sobre los demás dependientes ni despertó envidias ni levantó murmuraciones entre sus compañeros.

El mismo Arthur, destacado funcionario también del Banco, lo confirmó en la conversación que sostenía con Darren en el despacho de la gerencia aquella tarde.

—Quiero revisar antes este balance—decía Darren, refiriéndose a unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Sí, mister Darren: sería una buena operación si pudiésemos emitir esos valores.



Con el sello del más acerbo dolor escrito en el rostro, Ray murmuró:
¡Qué triste en todo esto!



—En mi carruaje llegará muchísimo antes que en un coche de alquiler



—Olgo Vd. señorita... perdón Vd. — ¡Oh, es Ray Smith!
 —Waller Saxel! —exclamó la joven, palideciendo de emoción.



—¡Ah! "señorita" Miller, para Vd. — dijo Saxel irónicamente entregándole el ramo de flores.



Su amor no se había marchitado jamás.



—Hola, Richard. ¿Qué haces aquí?

—Pronto lo sabrás - contestó el joven.



—¡Oh, calla! - la cortó Walter con tierna exaltación - Sólo me importas tú...
¡no me abandones nunca, Ray!



Ya Richard había acercado el oído al oído de su padre.

—En efecto... ¿Y por qué no intentarlo?

—Intervienen Dawson y Compafila. Quizá no le sentará bien al viejo Dawson nuestra interferencia.

—En este asunto lo que más le conviene es cambiar de opinión a no ser que esté dispuesto a retirarse.

Y resuelto a realizar la emisión, preguntó al dependiente:

—¿Quién respaldará esta preferencia?

—No lo sé, señor.

—Hay que hablar con mister Saxel antes que se vaya. Su opinión nos será muy valiosa.

—Valiosísima, sí, señor—asintió, sin vacilar, el funcionario.

—Llámele usted — ordenó Darren.

Salió Arthur y llamó a Walter, que se personó seguidamente en el despacho de su tío.

—¿Qué quieres, tío Félix?

—¡Ah, Walter!... Esto garantiza el siete por ciento de la preferencia... Pero la garantía...

—La garantía es sólida — interrumpió Walter, firmemente —. Está respaldada por los fondos que tienen en el Banco.

—Está bien. Tenía necesidad de asegurarme.

Y cambiando de tema, inquirió Darren de su sobrino:

—¿Esta noche cenas en tu casa o lo haces fuera?

—No pienso salir — le aseguró el sobrino —. Tendría mucho gusto en invitarte a cenar conmigo; pero Corinne anda atareadísima con su comité y seguramente llegará tarde a casa.

—Corinne, buscándose siempre preocupaciones, ¿no?

—Ya sabes que a ella le encanta eso de los comités.

—Siendo así — repuso Darren — cenaré en el club; pero dí a tu hijo que irá a buscarle el domingo para llevarlo al Parque Zoológico.

—Le gustará mucho.

—Y ahora voy a revisar esos papeles. Has hecho una gran labor, Walter. Y te felicito.

—Gracias, tío.

—Cuando vayas a Corinne dile que yo he asegurado que eres un magnífico banquero.

Se despidieron, y salió Walter de la oficina, pues era ya hora muy avanzada de la tarde.

...

La tarde invernal neoyorquina se desbordaba en nieve, obligando a los escasos transeúntes a cruzar aceleradamente las calles, al amparo de abrigos y paraguas.

Los blancos copos, ingravidos en su jugueteo con el aire, se despren-

dieron repentinamente, cogiendo a Walter desprevenido y sin paraguas en que guarcerse, así como a Roy Smith, que se encontraron en una de las avenidas, después de largos años de separación.

Fué el quien la vió primero. Emocionado y con la alegría pintada en el rostro, se acercó:

—¡Oiga usted, señorita!

No fué menos agradable la impresión por ella experimentada... Habían pasado cinco años desde aquella noche en que vió Roy, desconsolada y con amarga decepción, partir el barco que se llevaba a su amigo para siempre.

—Usted es Roy Smith.

—¡Walter Saxe! — exclamó ella.

—¿Como estás?

—Un poco disgustado porque pasabas sin hablarme.

—Si no te he visto.

Y aguantando la ventisca, ajenos a la borrasca y sin miedo a la nieve que iba cubriendo y empapando sus sombreros, sostuvieron de pie el mutuo aluvión de sus palabras.

—¿Y qué haces en Nueva York?

—Si vivo aquí.

—No...

—Si... Hace ya cinco años.

—¡Qué alegría verte! Y que no has cambiado nada. ¡Tan guapa!

—Al llegar aquí, entré en una gran casa de modas para diseñar modelos de vestidos.

—¿De veras?

—Ya sé que eres uno de los banqueros más importantes de Nueva York.

—No tanto... Trabajo, ahí al volver, en la Banca Darren y Holmes... Y además — dijo radiante en su orgullo de padre —, soy padre de un niño precioso.

—Te felicito.

—¡Qué casualidad el encontrarte!

—No será porque no haya pasado por aquí docenas de veces — advirtió ella.

—Es curioso. Yo paso por aquí todos los días... Y hasta algunas veces, no sé por qué, he pensado que nos encontraríamos.

Y con el jovial impulso de su espontáneo carácter, continuó:

—Celebraremos el encuentro yéndonos a cenar juntos.

—¿Y no te esperan en casa? — preguntó, maliciosamente intencionada Roy.

—Suelo cenar solo casi siempre.

Vació la joven:

—Pero Walter... yo...

—¿Es qué es a ti a quién te esperan en casa?... Si no estás casada...

—No; pero tengo un compromiso.

—¿Y ese compromiso no puede abandonarse por mí?

—Ea con un buen amigo.

—Vamos, mujer—prosiguió él insinuante y en tono de súplica—. Porque vayas a cenar con un viejo amigo una vez cada cinco años, no habrá quien pueda censurarte.

Roy que no deseaba otra cosa que prolongar aquel placentero momento que la puso en compañía del hombre por quien tanto había suspirado, curóse de remilgos y aceptó el convite.

Con presuroso paso alejáronse los dos y entraron en un restaurante próximo.

Confidencias

Sentáronse a la mesa, frente a frente, jovialmente animados los dos y en actitud confidencial, mientras el camarero disponía el cubierto.

Walter miró a Roy con manifestado embeleso, y dictado por la curiosidad y por el explicable deseo que tuvo siempre de conocer la causa de no haber acudido al muelle, cuando se lo rogó por teléfono, a pesar de haberle respondido ella que iría, le preguntó, pesadizo en su recuerdo, pero cariñosamente afable:

—Dime: ¿por qué no fuiste al muelle aquella tarde?

Roy quedó confusa sin atreverse a confesar el motivo que le había impedido cumplir aquel deseo que

al para él era de esperanza y de ilusión, era para ella también acuciente y grato. Temió la joven, incapaz en su noble franqueza, de recurrir al engaño y al disimulo, que la villanía de Harry, con todo y relatar el suceso con toda su veracidad histórica, se prestara a una torpe interpretación que le dolería más en aquél a quien había dispensado la más cara amistad y sincero afecto.

Indecisa resumió el acervo de sus rápidos pensamientos en una vacilante exclamación:

—¡Oh!...

Notó Walter la ruborosa perplejidad de su amiga, y la tranquilizó:

—No te he preguntado con mala intención... Pero ¡lo sentí tanto!... Toda aquella noche que nunca se borrará de mi memoria, pasé pensando en ello. Fué un desencanto que destruyó mi alma.

Emotiva y silente como en un susurro de añoranza y ensueño, bisbisó Roy con la memoria en el pretérito:

—¡También para mí fué de amargura aquella noche!

—Pero en mí fué mayor el sufrimiento—dijo él, porque a la tristeza de no verte se unió el desencanto del fracaso—. Me disgusté mucho... Llegué a sentir celos... ¡unos celos rabiosos! Sobre todo al hablar con tu madrastra...

Calló un momento, amargado por el recuerdo del fracaso, y prosiguió como si se comunicase consigo mismo:

—Todo lo tenía preparado... ¡Qué bueno el cura!... El pobre se contrarió también... No había nunca casado a nadie en un barco, y estaba ilusionado.

Un puñal en el alma no le hubiera hecho tanto daño como aquella declaración de Walter. Todo un cúmulo de anhelos acariciados en aquellos luminosos días de amistad se habían derrumbado por la vileza de un hombre con quien nada le unía, como no fueran triviales lazos de negocio. Le odió en aquel instante como se odia lo más abyecto, lo más impuro; pero, generosa y cristiana, perdonó al cretino y ni un atisbo de maldición tuvo para él.

Sólo una palabra dijo soñadora, pero amargamente:

—¿Boda?

—Sí; todo lo tenía previsto, Roy. Quería darte una sorpresa... ¡Y la sorpresa fué para mí!... Y más aún cuando supe por tu madrastra que habías salido de paseo con otra persona.

No pudo más Roy; en sus sienes martilleaba implacable la desazón. Una convulsión aplastante y febril agitaba todo su cuerpo, músculo por músculo; y sobre su corazón se cernía la tragedia de lo inevi-

table, el drama cruento y despiadado que abría en su vida un cauce de callada tortura que no habría de cerrarse nunca.

Se levantó de la silla, demudada y nerviosa, con gran asombro de Walter que le preguntó asombrado:

—¿Qué te pasa?

—Vámonos — dijo ella, misteriosa y rotunda.

Y como si la voz del pasado entreabriera sus labios en la momentánea inconsciencia de su ser, fué repitiendo como en un sueño, detalle por detalle, la felonía de aquel hombre que convirtió en desgracia irreparable la ligereza de una imprevisión.

—¡Y luego seguí! — terminó diciendo tristemente —, seguí de pie contemplando el barco hasta que desapareció.

Walter se emocionó también hondamente:

—¡Si yo lo hubiera sabido!... Todo hubiese ocurrido de otro modo.

Rendida a la realidad y resignación en su infortunio, Roy murmuró:

—Olvidémoslo todo.

Luego más piano, más concentrada, más vehemente en el quietismo de sus angustias, gimió casi imperceptible:

—¡Sólo pienso que se truncaron nuestras vidas!

Sin solución de continuidad, de-

cidida y firme, previendo indefectiblemente el peligro que envolvería para su tranquilidad seguir encontrándose por Walter, afirmó rotunda:

—Walter; no debemos volver a vernos.

—Pero yo quiero verte, Roy—replicó, apasionado, el joven.

Descaecida, sin valor para negarse, pero con la videncia de la muralla que entre los dos se alzaba, quiso ella resistirse:

—¡Demasiado tarde, Walter!... Han pasado cinco años... Ya no somos los mismos... Tú tienes tu vida y yo la mía.

Y con la fulminante visión de un proceloso porvenir que no escapaba a su perapicacia, agregó:

—Siento haberte encontrado.

—¿Por qué?—preguntó él, adivinando lo que por ella pasaba.

—Tengo miedo—suspiró apenada y entre dientes.

—No tienes nada que temer.

—¿Y tú no lo tienes, Walter?

—¡No, Roy; no! ¡Nacimos para estar juntos y nos hemos encontrado!

Salleron a la calle. La nieve seguía, pertinaz y constante, extendiendo su blanco manto sobre calles y plazas.

Contra su voluntad de prolongar el coloquio, la borrasca les obligó a tomar un taxi que los condujo a casa de Roy, en cuya

puerta la despidió Walter «hasta muy pronto».

Desfilaron después días y días en la dulce comunión de sus afectos que los ligaba con lazos perennes de ternura y que, esperanzados, arraigaban en sus almas gemelas.

Aprovechaba él las horas de asueto y descanso para pasárselas al lado de su amada que, entregada al dibujo de sus diseños, dejaba a Walter absorto en sus lecturas en el venturoso ambiente de un hogar sereno y sin zozobras.

Apacibilidad y conformación eran los dos sedantes que hacían llevaderas las encendidas ansias contenidas en la sana clandestinidad de sus amores.

Iba él muchas tardes a esperarla a la tienda, donde Roy acudía a la misma hora a entregar los diseños.

Hospedera irascible y patrona amable

Una tarde, no encontrándola ya por habérsele pasado la hora, corrió a casa de Roy, donde tuvo la desagradable sorpresa de hallarla junto a sus equipajes y bártulos domésticos en disposición de desalojar la morada.

La que gritaba, grosera y gesticulaba desmedida, era la señora

Miller, hospedera, mujer de cara hosca, áspera de habla y de trato adusto.

Cuando Walter entró en la casa, aguantaba Roy, impertérrita y digna, la barandilla de desplantes y reticencias que aquélla le lanzaba para justificar el injustificado desahucio.

—Yo tengo derecho a pedirle que desaloje la habitación cuando me plazca, y exijo que lo haga ahora mismo.

—Podía habérmelo dicho esta mañana para preparar mis cosas.

—Hoy vence el mes, y yo necesito el cuarto.

—No tiene derecho a hacerlo, señora Miller. Eso se advierte con anticipación.

—No me creo en el caso de darle explicaciones. En mi casa no quiero tener personas desocupadas. Dan demasiadas molestias.

A Walter, que conocía el arisco genio de la hospedera, no le sorprendió su incorrección, y con marcada flemma, saludó:

—Buenas noches, miss Miller... ¿Empaquetas tus cosas, Roy?

—Yo, no... Al llegar me encontré con el equipaje en la puerta.

—Esta señora Miller es un encanto de mujer —aseguró Walter, visiblemente irónico—. ¡Siempre tan caritativa y tan amable!

La hospedera se hizo la distraída.

—No sé de qué me está usted hablando —dijo, irascible, la hospedera.

—Y además, modesta —añadió Walter, en el mismo tono de ironía—. Roy Smith atente marcharse; pero quizá sea mejor...

—Creo —dijo, burlesca, Roy a la hospedera— que recordaré siempre el empapelado de las paredes y su colección de bronce.

—No te pongas sentimental, Roy; porque pienso que la pena no te dejará marchar —añadió él, burlesco.

Cefiuda y despótica la hospedera, se enfrentó con él:

—Claro que se irá.

Bromeó Walter:

—Roy es muy animosa; pero han de serlo los dos para soportar la despedida... Que usted lo pase bien, señora.

Al marcharse, advirtió Roy a la hospedera:

—Enviaré un taxi a recoger mis cosas. Cuide de que no olvide nada. Se lo ruego.

—No me interesan sus cosas.

—Es usted muy generosa. Vamon, Roy... No tienea más remedio que abandonar a esta excelente amiga.

—¿Es qué trata de tomarme el pelo? —protestó la señora Miller.

—De ningún modo.

Walter, con su peculiar buen humor y para exasperar a la hospedera,

dera, le tiró el periódico que llevaba en la mano.

—Para usted, señora Miller.

Rechazó la mujer con desagrado y de un manotazo el diario, al propio tiempo que cruzaban los dos la puerta.

Ya solos, cambió él de aspecto y le preguntó, medio resentido:

—¿Por qué no me has dicho antes lo que te pasaba?

—Si no me pasaba nada. Ni sé por qué ha sido esto tampoco.

—A lo mejor le molestaban mis visitas.

—¿Qué cosas tienes! Tendría que ver que no pudiera recibir una en su cuarto a sus amistades... En fin, no te preocupes; en Nueva York hay millares de alojamientos mejores que ese.

Se encaminaron a buscar nuevo cuarto. Se hallaban frente a una casa de buen aspecto, situada en uno de los barrios extremos de la capital; guiados por el anuncio del periódico.

Roy se detuvo frente a la fachada.

—A juzgar por las señas, debe ser aquí.

Comprobó que las señas coincidían con las del anuncio.

—Sí, aquí es.

A primera vista, situación y edificio le gustaron.

—El sitio es muy bonito; y la

casa también. Tiene una magnífica terraza.

No le agradó tanto a Walter. Sobre todo el sitio. Le pareció muy apartado del centro. Y así, le advirtió:

—Yo no creo que puedas vivir aquí. Esto está muy apartado.

Roy asintió, pero sin desmayar por eso.

—Es cierto; pero después de lo ocurrido con la señora Miller, me encontraré aquí más a gusto que en el centro.

Los recibió la señora Dilling, patrona del alojamiento y que era la antítesis de la anterior hospedera, señora Miller, a cuya irascibilidad y despotismo oponía ésta su afabilidad y cortesía.

Hasta sus estructuras se contraponían extraordinariamente. Era la primera, enjuta de carnes, escuálida de rostro y corta de vista. Las gafas con que ayudaba a la menguada visual de sus pupilas, daban a la lividez y flacidez de su cara, esa áspera y lúgubre severidad que las clásicas inspectoras de internado acostumbran tener.

Era, en cambio, la señora Dilling toda robustez y corpulencia. La jovialidad aparecía en su semblante, abiertos siempre sus labios a la amable sonrisa y esa propensión a la sana e ingenua risotada

con que ciertos caracteres saben cautivar tan pronto se las trata.

No pudo ser, por tanto, más grata la impresión que causó en Walter y Roy la franca y cordial acogida que les dispensó la nueva hospedera.

Se deshizo en agasajos y bienvenidas y presta a mostraries las excelencias de la morada, les enseñó toda la casa, deteniéndose en la azotea para ensalzar el, según ella, magnífico panorama que desde allí se divisaba.

—Quizás me tachan de exagerada, decía entusiasmada, pero desde aquí se divisa el mejor panorama de toda la ciudad.

La opinión de Roy coincidió con la de la señora Dalling:

—En efecto; es encantador... ¿Verdad?—preguntó a Walter.

Este por creerlo así o por no desencantar a las mujeres, otorgó:

—Magnífico.

—Y además—añadió la patrona—muy templada en invierno y fresquisima en verano.

Los llevó a la cocina para realizar sus inmejorables condiciones, definiéndola en estas frases:

—La cocina es una verdadera alhaja.

Convenidos en condiciones y precio, firmó la patrona el recibo que, contra entrega del importe, entregó a Roy, diciendo:

—Así estamos liquidados para un mes.

—Exacto—confirmó Roy.

La señora Dilling se despidió acto seguido.

—Si precisa usted algo, toque usted el timbre.

—Muchas gracias.

—Lo mismo que si necesita alguno de mis cacharros... No repare usted pedírmelos.

Salió de la habitación, deseándoles buenas noches.

—Buenas noches—contestaron Roy y Walter.

Coincidentes ambos en que habían hecho un buen hallazgo y mientras esperaban equipo y utensilios, que no tardaron en llegar, se dieron a discurrir por el piso para examinarlo nueva y detenidamente.

Es verdad que el piso estaba un poco alto... Era el cuarto y último de la casa. Pero a este inconveniente reunía la ventaja de tener acceso a la azotea, a la que se subía por una escalerilla que arrancaba de la sala central del alojamiento.

Se componía éste de sala, dormitorio, cuarto de baño, gabinete y cocina. Todo ello decorado sencillamente, pero con gusto y amueblado modernamente y con comodidad, que hacían la estancia sugestiva y confortable, contribuyendo a ser más gratas las vela-

das de Walter, donde trabajaba también cuando algún asunto, iniciado en la oficina, requería meditación y estudio.

Roy, cada vez más ilusionada con su nuevo pisto, repetía:

—Me parece que hemos acertado. ¿No crees tú lo mismo?... ¿Verdad que te encuentras más cómodo?

El asentía complaciente y cariñoso, admirando cada día en ella nuevas virtudes y bondades que la hacían merecedora de suerte más placentera y sólida.

—¿Quieres el periódico?... Las zapatillas no te las puedo traer. Todavía no las he encontrado.

—¡Oh!, no te apures... ¿Qué importa la materialidad de las cosas cuando triunfa el espíritu?—filosofó Walter.

Y así noches y noches de honesta convivencia y de suave transcurso.

Trabajaba ella, con asiduidad infatigable y afán continuo en el diseño de sus modelos, sin dejar por eso de observar a Walter en sus menores movimientos para adivinar sus euitas y preocupaciones.

Su clara inteligencia y perspicaz intuición le limpiaron en más de una ocasión de dudas que sobre algún pormenor de los negocios le asaltaban en sus reflexiones.

Una noche, leyendo Walter el

periódico, murmuró como hablando consigo mismo.

—Ya sabía yo que terminarían haciendo esto.

—¿Haciendo qué?—preguntó Roy, sin suspender el dibujo.

—United Banking... Ha decidido reducir el nivel de sus dividendos.

—¿Y te afecta?

—A nosotros, no; desde luego... Pero en mi casa, estoy seguro que afectará a todos.

—Pero si a ti no...

—De todos modos me disgustaría.

Buscó en su redor:

—¿Dónde está mi tabaco?

—Ahí: junto al sillón.

—¡Ah, sí!... Si esto ocurriera, me daría mucho trabajo teniendo que redactar un extracto para la Prensa. Es claro que tío Félix me ayudaría; pero de todos modos...

—¿Y qué dirás en ese extracto?—preguntó Roy.

—Tendría que pensarlo... Seguramente diría que la medida estaba justificada y que el plan de amortización de los «Banqueros Unidos» se basa en una previsión que evite una posible baja en los depósitos.

—Pues yo diría—se atrevió a observar la joven—que se trata de una entidad que se dispone a almacenar en previsión de un invierno crudo.

Walter, agradablemente sorprendido por la oportuna y clarividente observación, requirió ansioso:

—¿Qué es lo que has dicho?... ¿Qué se dispone a almacenar...?

—Sí — repitió ella —, que se dispone a almacenar ante la eventualidad de un invierno crudo.

—Eso es maravilloso — exclamó él con entusiasmo —. Al tío Félix le encantará... Has tenido una inspiración.

Rióse la joven, mirando a su amigo.

—¿De qué te ríes?

—Estaba pensando en lo que diría tío Félix si se enterase que era mía la inspiración.

—¡Oh, sí! — aseveró él, riendo también —. Es posible que me echase del Banco...

—Sería una desgracia.

—Hasta cierto punto.

—Para ti — continuó Roy — enorme; porque te obligaría a renunciar de muchas cosas... Apartarte de toda tu vida.

—¿A ti no te gustaría, verdad? — preguntó él, intranquilo, esperando su respuesta.

—Llegaría un día que creerías que todo lo habías perdido por mí.

—¡Roy! — exclamó enfervorizado en un acceso de cariño.

—Es muy justo que no renuncies a tu vida.

—¡Gracias, Roy; gracias!

La joven quiso borrar la emoción que a la sazón se manifestaba en Walter y volverle a la realidad ya incontrastable, y reanudó el tema:

—¿Y ahora qué es lo que vas a decirle a tu tío?

—¡Oh!, que es una entidad... ¿Cómo has dicho?...

—... que se dispone a almacenar...

—Excelente — interrumpió Walter, que tomó unos apuntes, reiterando:

—...ante la eventualidad de un invierno crudo...

Un viejo amigo

La señora Dilling acababa de regresar de la calle y en la planta baja se dedicaba a sus quehaceres, cuando se presentó preguntando por Roy Smith, el infatigable hablador y pintoresco comisionista Ed Porter.

Apareció como de costumbre: optimista con su humor festivo y su facha sensible y bonachona, sin haber perdido ni un kilogramo de la grasa que redondeaba su cuerpo, convirtiéndolo en una bola gracias a su estatura que no era elevada ni mucho menos.

Miró indeciso como buscando y se le plantó delante de la hospedera que, con los brazos en jarras

y con el aire de bondad que siempre le acompañaba, le preguntó:

—¿Quiere decirme a quién anda usted buscando?

—Smith... ¿Roy Smith?—contestó Porter.

—¡Ah, sí!... En el cuarto piso.

No era aficionado Ed a deportes de ascensión; y menos si se trataba de escaleras; y así, no es de extrañar que al oír a la patrona, prorrumpliese casi espantado:

—¿El cuarto piso?

La inofensiva socarronería de la señora Dilling adivinó en la mueca de Porter la poca gracia que hacían las escaleras al visitante y le animó con su gracioso bromeo:

—Ande usted, hombre... Y no se asuste, que no hay ascensor y le conviene eliminar grasas.

No se achicó por eso Porter, a quien no le venía de salida más o menos:

—Habla usted por experiencia, ¿verdad, señora?

Echando los bofes llegó Porter al piso y llamó en la puerta, contestando Roy desde dentro:

—¿Quién?

—¡Roy!—gritó la voz desde fuera.

Abrió la puerta y se encontró sorprendida con el comisionista.

—¿Ed Porter?

—El mismo—repuso, jubiloso, el antiguo amigo.

—Pasa, hombre, pasa.

—¡Lo que he sudado para dar con tu domicilio!... ¡Qué contento estoy de volver a verte!

—¡Y después de tantos años!... Anda, siéntate Ed, mientras yo voy a vestirme. Son sólo cinco minutos.

—No corras. No tengo prisa. Así como así, no tengo nada que hacer.

Ed Porter examinó con la vista la estancia y agradablemente impresionado, afirmó:

—Sabes que tienes un pisito muy mono.

—¿Te gusta?

—Es encantador. ¿Cuánto hace que vives aquí?

—Pronto hará un año.

—¿Un año?

Roy quiso conocer lo que había sido de Porter en el tiempo transcurrido:

—Dime: ¿qué ha sido de ti desde que dejamos de vernos?

—Sigo siendo el primer corredor de Macys y Fugarty; pero ahora ya no tengo que viajar tanto como antes.

Y siguió entusiasmado:

—Me compré una casita en las afueras de Chicago... Al borde del lago. ¡Es magnífica!

—¿Y cómo está tu familia?—indagó Roy.

—Muy bien; muy bien. Tendrías que ver a los chiquillos... Molly es ya toda una señorita.

—¿Y tú esposa?

—Como siempre: graciosísima y muy guapa... Es una delicia el matrimonio. Y sobre todo ser padre de familia.

—¿Y a mí cómo me encuentras? —inquirió ella.

—Tú siempre estás encantadora para mí...

Iba a proseguir en sus elogios, cuando tropezó con un libro que tenía junto a sí. Lo tomó en sus manos, y mirando el tejuelo, vio que era una clave bancaria para telegramas.

—Oye; ¿qué es esto? ¿Te ha dado ahora por los asuntos de banca?

—No; ese libro es de un amigo mío.

Porter, conociendo la honesta austeridad que siempre imperó en Roy, a pesar y por encima de su carácter alegre y expansivo, averiguó convencido:

—Debes tener relaciones formales, ¿no es cierto?

—No, nada de eso.

Ed no quiso convencerse. Lo creyó una broma:

—Es inútil que trates de engañarme...

Suspendieron la charla de Porter, los golpes dados en la puerta.

—¿Quién es?—requirió Roy.

La voz de la patrona se oyó en el exterior.

—Soy yo.

—Voy, voy; señora Dilling.

Abrió la puerta y apareció la ingente figura de la hospedera llevando en sus manos la batea de la ropa blanca de Roy.

—Aquí tiene la ropa, señora Smith.

Roy tomó la azafata y dió las gracias.

No es que corriese prisa alguna la entrega de la ropa; pero el fisgoneo de la hospedera no pudo resignarse a ignorar lo que pasaba en el piso, intrigada por la visita de Porter.

Nada vió de particular, pero una risita tan imperceptible como enigmática, acompañó a su inútil interrogante a Porter:

—¿Encontró al fin a la persona que buscaba?

—Sí, la encontré —replicó vivamente Porter, como despidiendo a la patrona que salió.

Estaba intranquilo. Quería a Roy con fraternal afecto, y le había puesto en dolorosa culpa la confesión que aquélla le hiciera acerca del carácter de las relaciones con su amigo.

Conminatoriamente, severo y como marcando la disidencia que en el afecto que por ella sentía, podría levantar su actual conducta; exclamó:

—¡Señora Smith!...

Se detuvo. Pudo más el cariño que la decepción; y ya no reprochó, suplicó:

—¡Roy! ¿Ese muchacho con quien sostienes relaciones está enamorado de ti?

—Así lo creo.

—¿Por qué no legalizáis vuestra situación?

—Porque eso le perjudicaría... Y yo no quiero que se perjudique.

—¿Entonces es un egoísta?

—No, no es un egoísta. Es un amigo leal. Te lo aseguro. Median motivos muy poderosos.

Porter, tras pasando bien a pesar suyo la dulzura que quería dar a sus palabras, le amonestó lo más severamente que le fué posible:

—Esta no es manera de vivir, Roy. ¡Imagínate si se llegara a saber en la casa donde trabajas!

—Me estás ofendiendo — lamentó Roy, visiblemente contrariada.

—¿Por qué has hecho tal disparate? — gimió Ed, moviendo la cabeza tristemente.

Doliente, Roy renunció a convencerle:

—¡No me entenderías, Porter!... ¡Si fueras capaz de comprenderlo!

—Lo que comprendo es que su postura no puede ser más cómoda...

Y en un tono de censura que condenaba a Walter por lo que él creía egoísmo imperdonable, concluyó:

—Bien claro se vé que para él

no eres más que un entretenimiento.

Rechazó el ultraje que a la buena fe de su amado infería, y ordenó:

—Te ruego que calles.

No obstante, Ed Porter recalco, haciendo caso omiso de la indignación de Roy:

—Me parece que en este asunto no llevas tú la mejor parte.

Herida en su amor propio y en el más hondo aún que sentía por Walter, Roy se volvió airada a Porter, y con la soberbia que le daba el valor de sus actos, le menospreció:

—Eres un materialista, incapaz de ningún sentimiento elevado.

La gallardía de la mujer acalló por un momento los arrebatos del hombre, que se limitó a decir:

—Está bien; está bien... Perdona mi intromisión; pero me duele que pierdas lo mejor de tu vida.

Y como si estas últimas palabras sirvieran de acicate a los impulsos de lo que él creía su deber de sincera amistad, arreció nuevamente:

—Tu situación es falsa... Debes tener en cuenta que la juventud pasa volando. Tendrás que huir de las amistades para evitar que te hagan preguntas... ¡Y vivir en la soledad más completa!... ¿Qué será de ti entonces?...

Roy se exasperó:

—¿Quieres callar?... ¿No puedes hablar de otra cosa?

No se arredró el comisionista. Al contrario, convencido de que era su obligación advertirla de los peligros que le esperaban, reforzó sus palabras:

—No; no me callaré... No puedo... Quiero que antes sepas todo lo que pasa por mí... Te juro que en este momento te estoy hablando con toda el alma. Ahora todo es de color de rosa... Hoy eres feliz... Mañana quizás lo seas menos... ¿Pensaste alguna vez en lo que ocurrirá cuando lleguéis a viejos?

Ella quería hablar; pero Porter no la dejaba, persistiendo en sus reflexiones:

—¿Es que vas a pasarte la vida esperando?... En otro tiempo no eras tú de esas mujeres fáciles de conformar... No, Roy, no. Tú no estás en tu juicio...

El carácter bondadoso de Porter no dejó de ver el daño que con sus apóstrofes estaba causando a Roy, a quien, por otra parte, no había medio de persuadirla.

Queriendo cohonestar la crudeza de sus aseveraciones, si algo duro hubo en sus palabras, dió a la conversación un giro menos severo; y prosiguió:

—Lo que a ti te está haciendo falta es una casita en las afueras, una pequeña familia y un compañero que viva para ti... que esté

siempre a tu lado, acompañándote en todas las horas.

Nuevamente pidió Roy:

—¿Quieres no hablar más de cosas que sólo me conciernen a mí y que nada tienen que ver contigo?

Ed intentó justificarse:

—Está bien, Roy; está bien. Sólo me guía el sano propósito de verte dichosa y no engañándote a ti misma... Yo quisiera verte...

—Es inútil... —profería ella, imperativa y concluyente.

—Perdona si te he disgustado.

—Estás perdonado.

Porter miró los diseños, sin duda por distraer su atención y cambiar de asunto, visto el vacío en que caían sus argumentos.

—¿Has vendido alguno de estos diseños?

—Sí; la mayor parte.

Ed Porter, siempre bajo la misma obsesión, dió otro cartiz a sus intentos:

—Se me ocurre una idea, Roy. Tengo un amigo que es dueño de un taller de confecciones, y está ganando mucho dinero. Tú causarías gran sensación. Allí nunca han visto esta clase de diseños, y él te haría propaganda.

Roy vió claramente el nuevo camino que emprendía su amigo, y cortó por lo sano:

—No tengo ganas de ir a Chicago.

Porter se declaró vencido, arrojó sus armas y abandonó la lucha.

—Está bien... Si cambias de parecer, déjame una nota en casa de Macysen y Fugarty.

Se despidieron los dos sin resentimientos ni resquemores... El, lamentando interiormente su fracaso, pero satisfecho de haber cumplido lo que estimaba deber de amistad; ella, algo preocupada porque, con su clarividencia, no podía menos de apreciar la intención y justeza de aquellas admoniciones, doblemente sentidas porque más de una vez le habían sido dictadas por su propia conciencia, aunque acabó siempre sofocándola su intenso amor que le había cerrado los ojos a toda visión pretérita por fatídica e inexcusable que se le presentara.

Año nuevo y noche triste

El 31 de diciembre es día decisivo siempre para comerciantes y banqueros y, en general, para cuantos a los negocios, en cualquiera de sus aspectos, se dedican.

El balance refleja la realidad feliz o adversa de todo un año de inquietudes y trabajo, sin que, a pesar de tenerse descontado de antemano, el resultado de aquél por el curso de las operaciones, deje de sentirse la emoción de las

cifras que resumen el éxito del ejercicio.

Como en años anteriores, el inventario-balance de la razón social Darren y Holmes acusaba el espléndido progreso y sólido afianzamiento de la firma bancaria, contribuyendo extraordinariamente al engrandecimiento de la casa, la acertada y principal colaboración de Walter Saxel, cuya competente inteligencia y asidua laboriosidad merecían constantes plácemes de la Gerencia y los múltiples ascensos con que se le distinguía.

No es de extrañar, pues, que aquella noche final del año, apareciera al lado de su tío Félix Darren, radiante de gozo y recibiendo con él las felicitaciones del personal por la entrada de año.

Salió el último Arthur, quien se despidió de sus jefes deseándoles feliz año nuevo, y quedaron solos Darren y Walter, en ese ambiente de intensidad familiar que a menudo los unía.

—Es lástima—dijo el tío—que no hayas podido ir esta noche a Florida con Corinne.

—También yo lo deseaba—mintió Walter—y hasta creía que podría ir a última hora; pero me ha dado tanto quehacer ese dichoso reportaje...

Darren cambió de conversación:

—Ha sido este un buen año para

nosotros y espero que el próximo sea todavía mejor.

Y le preguntó:

—¿Qué haces esta noche?

—No tengo ningún plan. Puede que me vaya a casa.

No falseaba la verdad Walter, pues si llamaba «su casa» la que oficialmente ocupaba, también consideraba como suya la que habitaba Roy, que lo esperaba aquella noche para saludar juntos al nuevo año y despedirse del viejo.

Sobre la mesita, colocada bajo la lucerna que derramaba la gala de sus luces por toda la estancia, se agrupaban primorosamente flores y ramos de aromas y colores distintos, rodeando el plateado de un cubo, dentro del cual se veía entre hielo una botella de champaña, acompañada de dos copas.

Un aura de tibio hogar y de placida calma esparcía sobre la soledad de la sala dulzuras de quietud y fervores de silencio. En medio, Roy, sencillamente ataviada, pero con exquisito gusto, con la ilusión en el alma y la esperanza en los ojos.

Todo era allí calma y apacible bienestar, cuando se presentó la bondadosa señora Dilling, muy peripuesta y con la alegría de la noche reflejada en su rostro.

Trala en sus manos algunas chucherías y, entre ellas, una cerbatana que sopió, alargándola,

hasta dar con la cara de Roy, que la separó asustada en medio del regocijo de la hospedera que le anunció:

—He subido para decirle que si necesita alguna cosa, será mejor que la pida ahora, porque pienso salir a celebrar la entrada de año.

Y bailoteando, refocilada y cascabelera, añadió:

—Hoy es noche de alegría.

—Se lo agradezco. Creo que no necesitaré nada —replicó Roy.

—Además le he traído estos juguetitos para que se entretenga.

Sopió nuevamente la cerbatana, y se los entregó.

—Muchas gracias por su obsequio —agradeció la joven.

Después, fijándose en la mesa, admiró la patrona.

—¡Qué preciosa está la mesa!

Y refiriéndose a Walter, agregó:

—Ya debe llegar pronto... ¡Es una pena que tenga que trabajar hasta tan tarde!

—Sí que lo es —confirmó Roy, resignada.

Se despidieron, deseándose mutuamente feliz año nuevo.

...

Era intención de Walter volar a casa de su amada; pero los amigos, con su tío Félix a la cabeza, se habían apoderado de él y no

lo soltaban, alegando que era noche de esparcimiento y jolgorio.

—Tienes que venir con nosotros —exclamaba Janson—. Tu tío tiene razón: no es noche de estar solo.

A duras penas y a regañadientes bebió con ellos unas copas y tomó unos dulces esperando la ocasión de poder escapar de aquel asedio.

Cuando el baile se generalizó, y amigos y amigas, desaparecieron en parejas para moverse al ritmo de un vals, Walter, acuciado por irresistibles deseos, suplicó a su tío, con quien había quedado solo en la mesa:

—¿Ahora dejarás que me marche?

Por cálculo y adivinando cuál era el propósito de su sobrino, lo retuvo:

—Nada de eso, muchacho... Siéntate un momento... Quiero hacerte un regalo.

Y le halagó:

—Este año te has excedido en el trabajo.

—No tanto como tú —replicó Walter.

—Y tu esfuerzo hay que estimularlo con alguna recompensa.

—Yo nada pido, tío Félix. Me basta con la satisfacción del deber cumplido.

—Ahora puedes acometer mayores empresas —aseguró el tío.

Lo miró fijamente Darren, y re-

calcando mucho sus palabras, como si quisiera percatarse de la impresión que causaban en Walter, propuso:

—¿Te gustaría ser inspector de nuestras sucursales en el extranjero y encargarte de nuestros negocios con Europa?

—Yo siempre trabajo a gusto en cuanto se me confía.

—Bueno; pues el cargo es tuyo. ¿Cuándo crees que podrías salir para Europa?

Walter se conmovió en una ráfaga de esperanza, pensando en Roy.

—Si te parece, la próxima semana.

Una ducha de agua helada, no hubiera dejado más frío el entusiasmo del sobrino cuando oyó después a Darren:

—Apresúrate entonces a telegrafiar a Corinne que venga inmediatamente, porque ha de ir contigo.

Walter defendió su ilusión:

—¿No te parece, tío, que tratándose de un viaje de negocio, es preferible que ella no venga conmigo?

Cauteloso el tío, le contestó rotundo:

—No.

Inmediatamente apoyó su negativa:

—Tu ausencia durará seis meses... Puede que más.

—Podría reunirse conmigo después.

Despótico el tío ya, sin ocultar la clara visión que del propósito de Walter tenía, decidió:

—Si Corinne no va contigo, enviaré a otro.

Walter, preguntó retador:

—¿Eso es ya una orden?

Sin inmutarse, Darren aseveró con firmeza:

—Es una condición. A Corinne se la ve siempre completamente sola... Y a ti también... Y lo peor es que la gente se da cuenta... ¡Y murmura!

—Si tienes algo que decirme, te ruego que hables claro.

—Es todo lo que tenía que decir —afirmó enérgico, Darren—. Corinne y tú debéis hacer este viaje juntos.

...

Ajena en absoluto a la conversación que sostenían tío y sobrino, Roy se debatía nerviosa en la inquietud de la espera sin acertar a explicarse qué motivos retrasaban la llegada de Walter.

Daba vueltas por el piso, sin atreverse a moverse de las proximidades del teléfono, creyendo que cuando menos un aviso telefónico le mandaría para tranquilizarla.

Hasta temió que el aparato es-

tuviese descompuesto. Para salir de dudas, llamó a la telefonista de guardia, para asegurarse de que la línea estaba libre y sin desperfecto.

Bebió dos veces, apuró cigarrillos, no porque sintiera necesidad de ello, sino para hacer algo y distraer sus nervios. Subió a la azotea y miró en lontananza. No le vio venir.

La animación de las calles que desde la altura se dominaban, llevó hasta ella el vocerío jubiloso y alocado de la noche ruidosa.

Una tristeza infinita se apoderó de su alma y le obligó a volver al piso, en el preciso momento que Walter cruzaba la puerta, engreído de triunfo.

—¡Roy!... ¡Roy! —gritó, avanzando con los brazos abiertos.

Sin reproche, por la demora, correspondió ella a su alegría.

—¡He tenido miedo, Walter! Creía que no venías.

—Yo también... Los amigos... mi tío me han detenido a viva fuerza. He tratado de telefonar para prevenirte y no me ha sido posible... Lo he sentido mucho.

—Por fin estás aquí —se conformó Roy—. Temí que te hubiese ocurrido alguna desgracia.

—Al contrario; una buena noticia. Brindemos.

Con manifiesta ansiedad, indagó la joven:

—¿Qué es?... ¿Qué es?

—Aguarda; aguarda.

Vertió champaña en las copas, dió una a Roy y tomó él otra.

—Ahora... Brindemos a la salud del nuevo asociado de Darren y Holmes.

También ella participó de la orgullosa alegría de su amigo. Hinchida de gozo, se resistía, sin embargo, a creerlo.

—Sí, sí, es cierto. Por eso he venido tan tarde.

—Brindo, pues, porque la suerte te acompañe, Walter.

—He de salir para Europa.

Separó Roy la copa que llevaba a sus labios y preguntó decepcionada:

—¿Qué te vas?

—Dentro de una semana... El viernes, probablemente... Es decir... Saldré un minuto después de media noche... En realidad, el sábado. Los viernes no traen suerte.

—¿Y yo no podré ir contigo?— se atrevió a inquirir la joven.

—Tú; no puedes acompañarme, Roy. Es un viaje de negocio. Pero volveré; volveré pronto.

Roy se negaba a hacerse a la idea de su soledad, y recurrió a la súplica:

—¿Y qué será de mí hasta que vuelvas? Los días se me harán interminables... insupportables... Allí podría seguir ayudándote en tus trabajos.

—No puedo llevarte, Roy—gimió él, desconsolado y casi sin fuerzas—. Corinne va conmigo... Mi tío me lo ha impuesto.

Bajó la cabeza Roy, con toda la conciencia de su humillación. Sin querer, las reflexiones de Ed Porter acudían a su mente en letanía de arrepentimientos. Pero el error era ya patente y había prendido en su vida tenaz e inexorable. Egoísmo, había calificado Porter; ambición, profirió un día Walter. Y los dos vocablos se ahincaban en su cerebro y en su corazón con despiadada efectividad.

—En una ocasión—recordó Roy, dolorosamente— me dijiste que todo lo que ambicionabas en la vida, era dinero y poder. ¡Y ya lo tienes!—terminó con tristeza.

—No he sido yo quien ha solicitado la plaza.

—Pero podías haberla rechazado.

—Hubiera sido un disparate.

La noche avanzaba imperturbable y fría. Los gritos de la fiesta se apagaron, y la madrugada dejó al conticinio velar fenecidos ardores, con el vislumbre de un porvenir de encumbramiento para él y un futuro de desventura para ella.

Ausencia y desengaño

Se prolongó el viaje de Walter Saxel bastante más de lo que él

augurara y de lo que ella había creído también.

Llegaron, continuadas, las cartas al principio; se espaciaron más después, y quedaron cortadas al final, con gran disgusto de Roy que buscaba cualquier excusa para bajar a la portería a la hora en que acostumbraba presentarse el cartero.

Fueron muchos los días que hubo de volverse defraudada y doliente, sin que los consuelos que la compasiva señora Dilling le prodigaba lograsen aliviar su pena honda y constante.

—¿Por qué se molesta usted en bajar cada vez que viene el cartero?... Si trajese algo para usted se lo subiría inmediatamente—le ofrecía, amable la señora Dilling.

Contestaba siempre agradeciendo el ofrecimiento, sin que por eso dejara a diario de bajar en busca del cartero.

Un día en que tampoco hubo nada para ella, bajó de calle dispuesta a salir.

—Si me telefonéan, hará el favor de contestar que volveré en seguida. No voy más que a la tienda de comestibles.

—Y que no irás a pie: irás en automóvil—gritó una voz desde la puerta.

Era Curt, el fracasado inventor un día, que a la sazón se hallaba en auge de fortuna.

Boyante y orondo, turbe en su amor, se presentó aquella mañana decidido a sitiar la plaza.

No fué menos radiante la acogida que tuvo Roy para su antiguo vecino.

—¡Curt!... ¿No me engañan mis ojos?

—Yo en persona... No he hecho más que llegar y dedicarme a buscarle.

—¿Qué alegría, Curt! ¿Aun sigues viviendo en Detroit?

—Ven, ven y verás algo maravilloso.

Y la llevó a mostrarle su auto.

—¿No has oído hablar del Stanward Special?

—Claro... Si está anunciado en todas partes.

—Pues yo soy Stand: ¿comprendes? Ward es Mily Waidley, mi socio... Anda sube y te llevaré donde quieras.

—¿De modo que te has convertido en un gran fabricante de automóviles?

—Y he venido a disputar la carrera, copa Derbelt...

Recordó aquella exhibición en el barrio que terminó tan desgraciadamente.

—¿Recuerdas aquel desfile que organizamos juntos?

—Supongo que esta vez no tendrán que empujarnos—auguró festiva Roy, subiendo al vehículo.

—Te prevengo que estos cacharros tienen también sus rarerías.

Desapareció tronante el automóvil y, sola Roy y sin menester alguno que le reclamase urgencia, aceptó los agasajos de Curt.

Comieron juntos en placentera camaradería, recordando tiempos pasados. Bailaron luego.

Para Roy fué aquel día un oasis en el desierto de sus soledades. Curt, hueco y orgulloso con la compañía de su antigua amiga, no cabía en sí de gozo. La presentaba a sus amigos, y hasta el presidente del Consejo de Administración de la casa Stanward tuvo con su esposa para aquélla, cortesía y cumplidos.

Fueron más tarde a las carreras. En la pista, cuajada de automóviles, se aguardaba impaciente la señal de salida. Las galerías estaban animadísimas, llenas de un público entonado y atento al resultado de la carrera.

El automóvil de Curt obtuvo mercedadamente el premio.

Las felicitaciones flotaban por todas partes, y entre las más cordiales y efusivas, se contaba la de Roy.

—Has ganado Curt —le felicitó la amiga.

—Tú has sido mi mascota, Roy.

La fiesta se prolongó hasta muy tarde. Curt acompañó la festejada hasta su casa, y entre ambos, antes

de separarse, se cruzaron amistosas frases que no eran de fórmula y rito, sino de sinceridad y afecto.

—Roy, lo he pasado muy agradable a tu lado.

—Y yo hace muchos años que no me había divertido como hoy —contestó la joven.

Curt cerró el cumplimiento, y poniendo cara de circunstancias, la abordó decidido:

—¿No has notado ningún cambio en mí?

—Naturalmente... Ahora ya eres un personaje...

—No es eso; no es eso... Antes, siempre que te veía, te preguntaba si querías casarte conmigo... Ya te habrás fijado que esta vez no lo he hecho.

Roy sonrió afablemente, y bromeando replicó:

—Ya decía yo que echaba algo de menos.

—Es que he decidido cambiar de táctica.

—¿De veras? —indagó Roy, semiburlesca.

—He pensado valirme de la escritura. Por carta me explicaré mejor... Porque dos personas que se compenetran como nosotros, deben matrimoniar.

—Tú siempre el mismo —repuso evasiva.

—No, no —interrumpió el flamante industrial —; ahora no digas nada. Te lo ruego. Tan sólo

deseo que contestes mi carta... A ver si por fin llegamos a un acuerdo... Y ahora, buenas noches y espera mi carta.

Quiso objetar Roy, pero la rápida escapada de Curt, le ahogó todo resuello, sumiéndola en un mar de dudas que le hubieran seguido azotando, si la llegada de Walter que se presentó a los pocos días de improviso, no hubiera cambiado el curso de sus pensamientos o inclinaciones.

La aparición de Walter fué para ella suceso tan fausto que la curó instantáneamente de agrios recuerdos y amargos sinsabores.

—¡Walter! — prorrumpió Roy, en una exclamación que arrancaba de lo más profundo de su alma.

—¡Roy! — avanzó él, fulgente y emocionado.

La sorpresa había restado fuerzas a Roy, que se tambaleaba en el reverbero de su felicidad.

Bisbisando, como en una oración, gimió sin protesta:

—¡Llevaba tanto tiempo esperándote!... ¡Y te presentas tan de improviso!

—¡Me he acordado mucho de ti!... Has sido mi mayor preocupación durante mi viaje.

—Pero cuéntame, cuéntame — le pidió Roy —. ¿Triunfaste en los negocios?

—Sí: en el Banco están satisfechísimos... ¡Qué alegría volverle

a ver!... Te he echado mucho de menos... Créeme.

—Debias habermis avisado que llegabas... Hubiera ido a ver anclar el barco... ¡Se me han hecho tan largos estos meses!...

—Es verdad... Ha sido alguno más de los que pensaba... Y hasta para mayor contrariedad, cuando ya nos disponíamos a regresar, se habían agotado los camarotes y hubimos de esperar tres semanas; porque todos queríamos regresar en el «Mausitanía».

Una nube de pesimismo cruzó por los ojos de Roy.

—Si el «Mausitanía» llegó hace cinco días — lamentó ella casi indignada.

—Es verdad... el lunes — concedió él, sin inmutarse.

—¿Y no pudiste venir antes?

—Tú no sabes... No he tenido un momento libre...

—Por lo menos haber telefonado.

—Sí... sí... pero... — titubeó él, confuso.

Quiso hablar Roy, pero se contuvo para no envilecer con insultos el agravio... Lo miró fieramente despectiva y retrocedió unos pasos como si la repulsi6n la guiase.

Walter interpretó su gesto:

—¿Qué te pasa?

—Nada — replicó ella, agresiva.

Luego, en una queja que el desengaño dictaba, prosiguió:

—¡Ya no soy la misma para ti, Walter!

—¿Qué no eres la misma? ¿En qué te fundas?

—Una vez me prometiste que en ningún caso mentirías... ¡Y lo has olvidado!

—No te comprendo... ¡Si sabes que formas parte de mi vida!... Nunca fui desleal contigo, Roy.

—No basta con que lo niegues... Tú no eres el de antes.

—Soy el mismo...

Y cruelmente, sin pararse en el daño que podía inferirle, la llamó a la realidad.

—Los dos sabemos lo que suponemos el uno para el otro... Y no debemos olvidarlo.

—No digo lo contrario—sollozó, humillada, en su amor.

—Un día me dijiste: «Sólo pienso que se truncaron nuestras vidas». Aquellas sentidas palabras se clavaron en nuestro espíritu... Y los dos aceptamos de buen grado nuestro destino... ¿No era esto un sacrificio?

—Puede que esté ofuscada; pero de todos modos empiezo a ver claro... por desgracia...

—¿Qué te ha cambiado?

—No lo sé.

Y contundentemente afirmativa, aseveró:

—Sólo sé que mi postura es reflejo de la tuya.

—Sigo sin comprenderte. Habla sin embajes... No eres sincera conmigo, Roy.

—Yo siempre estaré ausente de tu vida, porque ahora ya no es lo mismo... ¿A qué prolongar esta situación, Walter?

—Estás muy rara... Debes tranquilizarte... Cuando volvamos a vernos, procuremos no disgustarnos... Esta noche estás nerviosa y será mejor que me vaya... Quizás mañana pienses de otro modo.

Dió media vuelta y se despidió:

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches, querido—contestó Roy, más irónica que irritada.

Se acercó a la mesa, escribió nerviosa y llamó por teléfono al ordenanza de telégrafos.

Serena en apariencia, pero desorbitada espiritualmente y con la irrefrenable voluntad de su decisión, tomó un cigarrillo y lo encendió asqueada, aguardando la llegada del ordenanza, que no tardó en presentarse.

Le entregó un despacho para cursar y se lo hizo leer en voz alta para evitar errores.

Decía así:

«Curt Stanton. — Fábrica de motores Stanward. — Detroit. — Michigan. — Si todavía persiste en

la idea de escribirme aquella carta, enviéme la a Cincinnati. — Mañana regreso a casa. — Roy.

Boda frustrada

La tienda-bazar de la señora Smith, en Cincinnati, seguía bajo la dirección de la dueña y de su hija Freda, y visitada por la pléyade de viajeros y comisionistas que acudían a aquella plaza en busca de negocio.

Entre los más asiduos figuraba el pintoresco Ed Porter que, con su peculiar verborrea, se desgañaba aquella tarde elogiando una pieza de lino irlandés que tenía en la mano.

Si su entusiasmo en el discurso era enorme y cálido, no fué menor su sorpresa al ver salir de la trastienda a Roy Smith, a quien creía aún en Nueva York.

—¿Quién iba a imaginar encontrarte aquí?

—Y por poco no me ves. Me marché esta noche.

—Va a Detroit a casarse — anunció la señora Smith.

—Pero, ¿es de veras que te casas, Roy? — indagó Ed, con visible alegría.

—Así parece.

—¿Y quién es el afortunado?

—Curt Stanton.

La felicitación de Porter fué cariñosa y cordial.

—Tengo la seguridad de que Curt será muy feliz a tu lado. Voy también a Detroit y asistiré a tu boda... Me parecerá que acompaño una hija al matrimonio.

—¡Oh, Ed!... — exclamó Roy, conmovida.

—Puedes creerme... Algún día llevaré a mi hija al altar; y puedo asegurarte que no estaré más satisfecho que hoy.

Sin querer, la curiosidad le condujo a la indiscreción:

—¿Y aquel muchacho de Nueva York? ¿Acabaste con él para siempre?

—Sí.

—¿Y le has dicho que te casabas?

—Nada le he dicho.

Quiso Porter continuar su interrogatorio, pero desistió al darse cuenta de que Roy desviaba la conversación, pretextando el arreglo del equipaje.

Salieron juntos para la estación, tomaron los billetes y esperaron la llegada del tren. Al dirigirse Porter a comprar un periódico, tropezó con Walter Saxel que se encaminaba hacia ellos.

—¡Mister Saxel!... — gritó Ed —. ¿Se acuerda de mí? ¿Qué tal van las cosas por Nueva Orleans?

Y rectificó en seguida:

—¡Oh!, perdón; olvidaba que ahora vive en Nueva York... Per-

mitame que le presente una amiga mía.

Y presentó a Roy:

—Mias Roy Smith... Sale ahora en el exprés para Detroit.

Suspensa y confusa quedó Roy, sin acertar a proferir palabra. Sólo como un eco indefinible entre alegría y contrariedad, se oyó en sus labios:

—¡Walter!

Sereno en apariencia, pero sin poder ocultar en actitud y tono la emoción que sentía, correspondió:

—¡Hola, Roy!

Con la buena fe que presta la ignorancia, interrogó cándidamente Porter.

—¿Se conocían ustedes?

Y recordando en seguida, prosiguió:

—¡Qué memoria la mía!... Si fui yo mismo quien los presentó... Y precisamente aquí en la estación.

A media voz para que no oyese Porter que se cuidaba de doblar el periódico, preguntó Roy a Walter:

—¿A qué has venido?

—A buscarte. Acabo de telefonar a la tienda.

Quedaron un momento cortados. Roy apreció en toda su gravedad lo que el encuentro con Walter podía suponer en su porvenir. La fatalidad le ponía nuevamente

frente al hombre inolvidado e inolvidable.

De su abstracción los sacó Porter, diciendo:

—Mister Saxel... Roy Smith tiene que tomar el tren... He tenido mucho gusto en volver a verle.

Y volviéndose a Roy, le acució:

—Vamos, Roy.

La joven no se movía atenta a las quejas de Walter.

—Ni te has dignado escribirme.

—¿A dónde querías que lo hiciese?

Ed Porter apresuraba:

—Roy Smith tiene que ir a Detroit esta noche, y los trenes no esperan.

—¡Por favor, Ed! —suplicó Roy.

Por la admonición de la joven, comprendió el comisionista que allí estaba de más, y se resignó:

—Está bien, Roy; pero me siento un poco responsable.

—¿Quiere usted dejarme? —protestó ella.

—Adiós, pues...

Se creyó, sin embargo, en el caso de advertir a Walter.

—Oiga, mister Saxel: Roy y yo somos antiguos amigos... Ella tiene que ir a casarse con un muchacho de porvenir, y sería una lástima que perdiera el tren.

Para romper con las importunas intromisiones de Porter, Roy ofreció secamente:

—No lo perderé. Adiós, Ed.

Walter saludó en despedida también a Porter, que se alejó sin explicarse aquel cambio y sometién-dose pesaroso a la realidad.

Quedaron solos. Roy confirmó a Walter:

—Ya lo has oído; voy a casarme.

Disimulando el mal efecto que la aseveración de Roy le había producido, replicó él:

—Lo ignoraba... De haberlo sabido, no hubiera venido... Te deseo toda la felicidad que mereces.

—Creo que seré feliz. Le conozco desde hace mucho tiempo... De antes de conocerte a ti.

—¡Ojalá no te equivoques!

—No me equivocaré. Pienso llenar con mi amor toda su vida porque lo merece.

Haciendo un titánico esfuerzo, consiguió él persistir inalterable de aspecto y tono.

—El te adorará... Sabrás depa-rarle un hogar amable.

La voz del mozo de estación re-sonó en el andén:

—Señores viajeros para Detroit, al tren.

Con los pies clavados en tierra, sin ánimos para moverse, Roy pro-rumpió sumamente afectada:

—Yo no sé cómo despedirme... Pero he de hacerlo. ¿comprendes?

Pareció resignarse Walter y cre-yendo inevitable la separación, su-surró con hondo pesar:

—Ya no nos veremos más. Esta

es la última vez... ¡La última vez que nos hablamos! ¿Cuánto me arrepiento de haber venido?

Atenta sólo a su pensamiento, continuaba Roy:

—Llega un momento en que no hay quien soporte la soledad... en que no es posible vivir sin hori-zontes... sin saber lo que la vida nos reserva.

La voz del empleado que llamaba definitivamente a los viajeros, arrancó a Roy un movimiento de alejarse.

Walter, poseído de celos, ciego de amor e incontenible en su frenesí, la agarró del brazo y gritó enfu-recido:

—No dejaré que te vayas, Roy.

Partió el tren y quedaron allí los dos atenzados en la paradoja de sus vidas plenas de inquietu-des y de incógnitas.

Fatal desenlace

El flotante palacio se mecía suavemente en la rada neoyorqui-na. Despegaron sus hélices con rumbo a Europa y avanzó lento y majestuoso el bajel con la gallar-dia de su arboladura y el lujo de sus camarotes, al alcance del mar abierto.

Los botes de despedida retorna-ban a sus varaderos. Uno de ellos lo ocupaba el grupo de periodistas

encargados de recoger las últimas declaraciones de la misión financiera que Norteamérica enviaba a la Sociedad de Naciones.

La presidía Walter Saxe, personaje destacadísimo en la economía de su país y para quien los veinte años transcurridos desde la última vez que se le vió en la estación de Cincinnati, no habían pasado en balde. El plateado de sus nacientes canas daban a su cabello el tono gris de la madurez realzando su personalidad y natural prestancia.

Como en el anterior viaje que hiciera a Europa, también le acompañaba su familia; pero esta vez iba además Roy que, como una sombra, se deslizaba solitaria y silente por los salones de la nave, reclusándose a menudo en su camarote, huidiza y tímida para burlar la vista de los hijos de Walter que la acechaban en constante enemiga y murmurando entre sí.

Apartada de todo trato en la travesía por temor a descubrirse, las singladuras eran para ella cadenas de abandonos y de soledades y en las horas interminables del día, prolongado por largas veladas, llegaban hasta el recinto de su dorada prisión, murmullos de fiesta y variaciones de música como un eco de dolor impío y humillante.

Aguardaba con lacerante ansie-

dad las altas horas de la madrugada para subir como un fantasma a cubierta y acodarse en sus bandos, contemplativa y enajenada en espera de Walter que acudía temeroso y vigilante, situándose a proporcionada distancia, y acodado también, mirando la estela fosforescente del barco, se cruzaban indiferentes y sigilosos ligeras palabras y breves consignas.

El arribo del barco al puerto europeo fué para Roy tranquilidad y liberación. Alojados en hotel distinto, pudo ella salir a flor de luz y a luz de día sin temor a inquisiciones y airadas miradas que la deprimían en un vivero de inelencuencias.

Terminadas sus obligaciones, Walter la visitaba a diario, y si alguna vez le era imposible acudir a verla, lejos de molestarle Roy, le disculpaba y animaba.

—¿Saliste muy tarde anoche de la conferencia? — le preguntaba comprensiva.

—Sí, muy tarde... ¿Y tú qué hiciste?

—Jugué un rato.

—¿Y ganaste?

—Sí.

—Tienes suerte... ¿Has leído mi discurso?

—Sí, es magnífico... Creo que es el mejor que has pronunciado.

—Si te ha gustado a ti, tiene que ser excelente.

—¿Vas a Ginebra esta noche?—
interrogó ella.

—Sí, y me parece que tendré que
detenerme allí tres o cuatro días.
Siento no poder llevarte conmigo.

—Ya sé que no es posible; la
más pequeña murmuración podría
derrumbar la mejor oportunidad
de tu vida.

Walter la contempló cariñosamente,
inquiriendo:

—Y ahora, ¿cuál de los dos es el
ambicioso?

—Lo hago por ti.

—Siempre igual — exclamó él,
admirando su bondadoso carácter —; tan buena como hermosa.

Roy, agradeciendo el piropo, lo
rechazó:

—¡Qué ocurrencia!... Decir estas
cosas a una mujer vieja y con el
cabello gris.

—Cuando lo tengas blanco del
todo, aun estarás más linda.

Se despidió, prometiéndole que,
a su regreso de Ginebra, pasarían
todo un día juntos.

No cesaban los dos hijos de Walter
en la persecución de Roy, atisbando
todos sus pasos y en acecho de una
ocasión que les permitiera
abordarla para expresarle de viva
voz toda la animadversión que por
ella sentían y exigirle el inmediato
renunciamento a su padre.

La conspiración y el asedio se
hacía cada hora menos latente y
más descarado. La ausencia del

padre acrecía su valor porque po-
dían operar en barbecho.

La incisiva mirada de los herma-
nos, especialmente del varón Richard,
la apuñalaba inclemente, y
era todavía más ostensible el rencor
y enemiga del muchacho, cuando
la encontraba en alguna diversión
o entretenimiento.

Jugaba ella una noche al baccarat.
La suerte se mostraba excesivamente
pródiga con ella, y la admiración
y envidia de los demás jugadores
velan crecer las hileras de fichas
y monedas que la rodeaban.

Un momento, al recoger sus ganancias,
tropezaron sus ojos con los de
Richard. Estaba al otro lado de la
mesa de juego, de pie, frente a ella
y acompañado de su hermana.

La miraba fijo, insistente, cruel
y provocador. Como imantados sus
ojos se clavaron suplicantes en los
de Richard, en un hipnotismo que
aletargaba sus miembros.

Mediaron unos instantes que le
parecieron una eternidad, y en un
estallido nervioso, alzóse descompuesta
y frenética y huyó abandonando
dinero y fichas en medio de la
estupefacción de la concurrencia.

La siguió Richard y llamó a la
puerta de su cuarto, cuando Roy
apenas había logrado sentarse.

Cuitada en extremo, levantóse de

la silla, volvió sus ojos a la puerta y vio ante sí la arrogante imperitencia de Richard.

—Creo que sabe usted quien soy, señora Smith... Yo la conozco desde hace años... Ha seguido usted a mi padre por todas partes... Todos sabemos quién es usted.

—¡Por favor, váyase! —suplicó ella, sin aliento.

—No lo haré sin que antes me diga usted... Vengo a prevenirla... Déjenos en paz, señora Smith... Aléjese de nuestra vida... Mi hermana va a casarse... Si el nombre de usted mediara en este asunto, nos causaría un gran trastorno.

—Márchese usted... ¡Por favor! —volvió a suplicar Roy.

—Antes quiero que me prometa dejarnos tranquilos. Yo le facilitaré dinero... Pida lo que quiera con tal de dejar a mi padre.

La inesperada llegada de Walter cortó la escena.

Si fué grande la sorpresa del hijo, no fué menor la del padre al encontrar allí a Richard.

Energico, pero sin perder la serenidad, interrogó:

—¿Qué haces aquí, Richard?

El continente del hijo no cedió en desaliento.

—No creo que necesite preguntarme.

El padre se creyó en el caso de explicarse y relató emocionado:

—Hace veinticinco años que co-

nozco a Roy... ¡Eres muy joven todavía para llegar a comprender lo que ella supone para mí... Pero no te dejes guiar por malos pensamientos... Entre Roy y yo no hay más que una buena amistad.

—¿Y tú crees que pueda aceptar tu explicación como un hecho lógico?

—Confíaba que lo entenderías... Perdona mi torpeza. Lamento tu error; y creo que lo mejor que puedes hacer es marcharte.

—Me marcharé —amenazó, cruzando la puerta el joven—; pero esto no quedará así. Ya ha durado bastante.

Walter pidió a Roy un vaso de agua. Se sentía desfallecer. Se hallaba enfermo. Por cable y sin explicación alguna había sido substituido en su cargo.

Roy supuso que podía haber sido ella la causa, y así se lo apuntó:

—No te preocupes —la tranquilizó Walter—. No me importa nada ese puesto... Ahora me importa descansar... ¡Me importas tú!

Y en su desfallecimiento, pero con frenesí, en un ruego encendido y ferviente, musitó:

—¡No me abandones nunca, Roy!

Emotiva también, le contestó:

—Nunca... Bien lo sabes.

—Mañana estaremos todo el día juntos... Vendré a desayunar. ¿Te alegra?

En vano esperó al siguiente día. Con el desayuno preparado, veía pasar intranquila las horas temiendo que la demora de Walter estuviese relacionada con la entrevista tenida la noche anterior con Richard.

Mediada la mañana, llegó el diario. Maquinalmente y para distraerse lo desplegó. El martillazo desconcertante y fatídico de la desgracia inesperada golpeó su espíritu.

En grandes titulares se daba cuenta en él del ataque apoplético sufrido por el eminente financiero norteamericano Walter Saxel.

Quedó aturdida. La indecisión y la duda la zaherían con cruenta saña. Pensó volar al lado del enfermo. Ni aun este consuelo le dejaba la enemiga del hijo que seguramente estaría al lado del paciente.

...

En el lecho del hotel, Walter Saxel, con el estrabismo en los ojos y el rictus de la hemiplejía en los labios, miraba ansiosamente al teléfono y repetía con entorpecida lengua un número.

Richard adivinó más que oyó el número, y tomando el auricular pidió a la telefonista:

—Dos... seis... nueve... siete.

Walter en un esfuerzo supremo tomó el aparato.

—¡Roy!... ¡Roy! —dijo sin voz, sin fuerza, entrecortado y balbuciente.

Al otro lado del aparato, Roy Smith, desolada, y dándose cuenta de la enormidad de la tragedia, acuciaba con desesperación:

—Di... Di... ¡Walter!... ¡Walter! Soy Roy.

Pero la voz del paciente llegaba apagada, agónica, hasta extinguirse en un estertor de moribundo.

¡Todo se había acabado!

Se oyó el golpe del auricular al desprenderse de unas manos inertes, y cayó Roy sentada en éxtasis doloroso, con la cabeza reclinada en el velador sobre el cual aparecía, enmarcada, la fotografía de Walter Saxel.

¡Y pasaron horas! Horas de duelo e inconsciencia en las que su alma atormentada vagaba sin rumbo, sin lentivo, sin horizontes...

Recibió la visita de Richard en un aletargamiento de idiotex que no le permitió contestar a su ofrecimiento.

—Señora: le traigo un pasaje para que pueda regresar a Nueva York. Su camarote está reservado.

Roy lo miró alejada, como si no lo reconociese.

Richard la requirió compasivo:

—¿Esta usted enferma? Permítame que vaya a buscar un médico.

Silenciosa e indiferente le vió marchar presuroso, y se volvió a Walter que, en su retrato, quería revivirlo:

—Tu hijo acaba de estar aquí, Walter... Ha estado muy atento conmigo.

Y como dulce remembranza de un preterito que pudo ser y que frustraron fatales ocasos, suspiró suavemente:

—¡Podía haber sido mi hijo!... ¡Nuestro hijo!... Si aquella tarde...

Y en un sopor de reminiscencias fueron desfilando en el delirio de una quimera los tristes episodios de aquel véspero en que la villanía de Harry quebró para siempre la felicidad de su vida...

¡Nada le quedaba ya! Sólo memoria y dolor que le seguirían como penitencia inexorable y constante... ¡eternamente!... ¡desplazadamente!...

FIN

Argumento novelado

por

Vicente Pardo Bayo

La novela para la mujer

Biblioteca Celeste

Magnífica edición en volúmenes de 80 páginas de texto y cubierta en tricomía Offset. Precio: 2'50 vol.

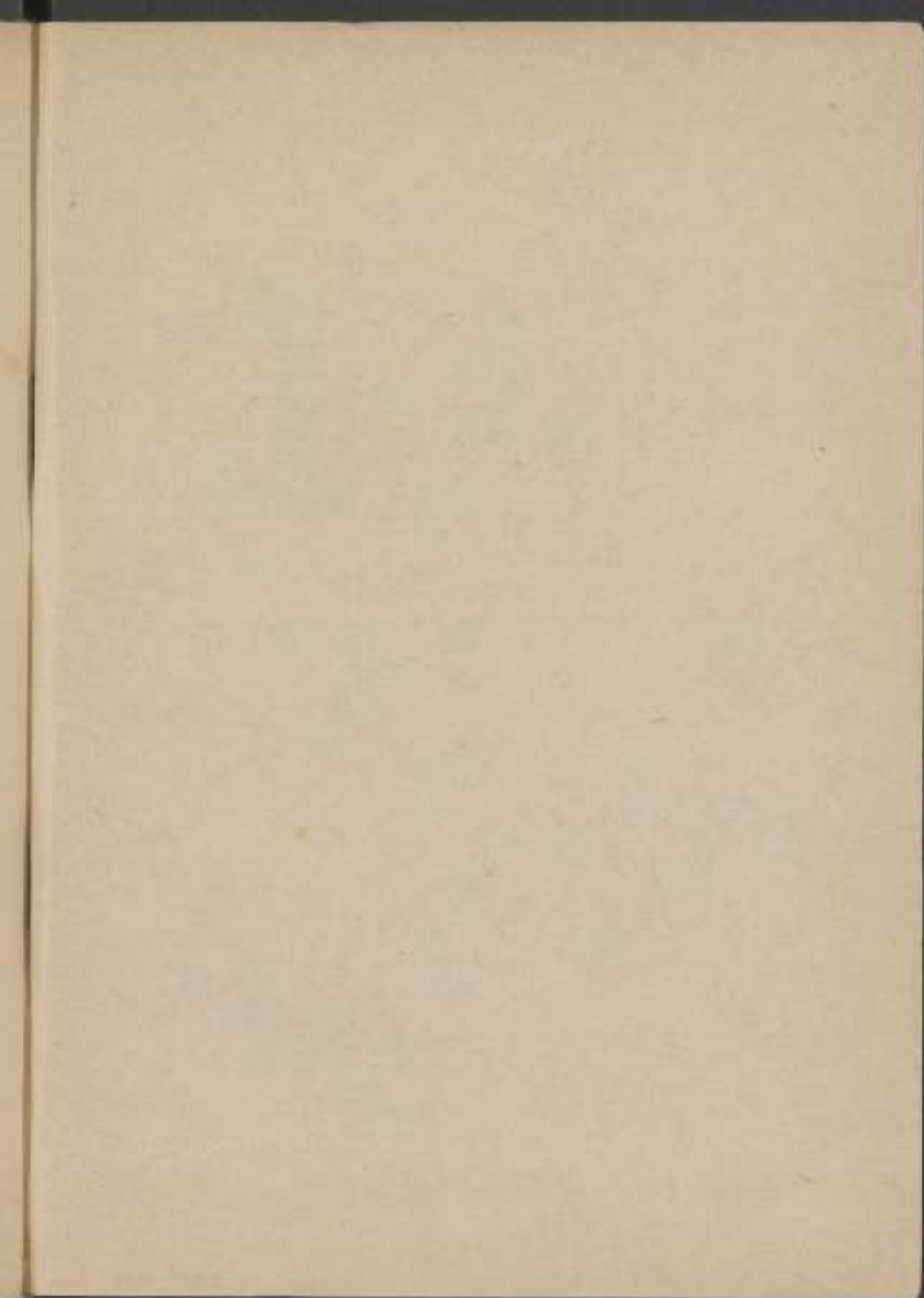
TÍTULOS PUBLICADOS

- N.º 939. *Llegó con la primavera*, por Domingo Juncadella.
• 901. *Llama de amor*, por Margarita de Arbizu.
• 902. *Tierra en los ojos*, por C. Castilla de Zavala.
• 903. *Sombras sobre la vida*, por C. Castilla de Zavala.
• 904. *Cuando ellas quieren*, por F. Mediante Noceda.
• 905. *El dilema de Isabelita*, por J. Ferrer Alen.
• 906. *Historia de un beso*, por Laura de Noves.
• 907. *José Luis*, por M. Andreu Fonttrouig.
• 908. *Los caballeros las prefieren buenas*, por D. Juncadella.
• 909. *¿Es usted mi marido?*, por Carmen Nonell.
• 910. *Hoy como ayer*, por Margarita de Arbizu.
• 911. *El Castillo de Fierro-Negro*, por C. Castilla de Zavala.
• 912. *...Y la luz se hizo*, por Laura de Noves.
• 913. *Por su Rey y por su dama*, por Carmen Nonell.
• 914. *El secreto de Maribel*, por M. Andreu Fonttrouig.
• 915. *La Casa de la Primavera*, por Carmen Nonell.
• 916. *El vértice de la ilusión*, por Julia Melida.

Colección Temple

(84 págs. de texto con ilustraciones y cubierta 3 colores)
Tamaño 16x22 cm. Precio: 3 ptas. volumen

- N.º 301. *Jeff el impulsivo*, por Fidel Prado.
• 302. *El Desfiladero de los Castillos Blancos*, por J. Castro.
• 303. *Los Buitres del Cañón sin fondo*, por Fidel Prado.
• 304. *El Terrible enigma de la escritora sueca*, por Adelardo Fernández Ariza (El Duende de la Colegista).
• 305. *Harcada en las islas peligrosas*, por David O. Forest.
• 306. *El sherriff de «Campo de Oro»*, por Fidel Prado.
-



EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA